

PLAUTO

LOS MENECHMOS
(LOS GEMELOS)

Traducción y guía didáctica de:

CARMEN PÉREZ ROYO

Presentación de

JESÚS RICARDO MARTÍN FERNÁNDEZ

© Carmen Pérez Royo
Jesús Ricardo Martín Fernández
© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 84-95122-98-7
Depósito Legal: SA-1588-02
Impreso en España

Imprime: Kadmos
Maquetación: PDFsur S.C.A

INDICE

Presentación	7
Guía didáctica.....	9
<i>Los Menechmos</i>	13

PRESENTACIÓN

...Un siracusano, de nombre Sósicles y de apodo Menechmo, arriba un buen día al puerto de Epidaño; busca a un hermano gemelo que perdió cuando tenían siete años. En Epidaño, sin embargo, le esperan las más insospechadas aventuras, paralelas a otras no menos extrañas que vive un “honrado” ciudadano epidañés...

Menaechmi, escrita antes del 215 a. C., narra, pues, las horas previas al reencuentro de dos hermanos gemelos separados desde niños por un trágico accidente.

Junto a *Miles*, *Anfitrión* y *Pseudolus*, *Menaechmi* forma parte de “ese puñado selecto” de obras plautinas que han permanecido vivas a lo largo de la Historia; se han llevado a escena infinitas veces desde que Plauto las escribió y gozan todavía de tal fuerza y frescura que, aun ahora, podemos deleitarnos con su escenificación.

Menaechmi se representaba ya a finales del s. XV en Italia y en el XVI se veía en toda Europa aunque, sin

duda, fue Shakespeare quien, con su *Comedia de los errores*, más contribuyó a su difusión y pervivencia.

A decir verdad, son muchas las razones que existen para explicarnos dicha pervivencia; la fundamental, sin embargo, es que, en *Menaechmi*, Plauto se convierte en el indiscutible “maestro universal” de uno de los ingredientes básicos y más socorridos de la Comedia: EL EQUÍVOCO; la desazón y el desconcierto que sufren propios y extraños al confundir/reconocer a los dos hermanos ha quedado ya como PROTOTIPO de cualquier comedia de enredo.

Como es ya tradicional en el grupo Sardiña, pretendemos mantener fielmente el “espíritu plautino” aunque la adaptación se ha hecho pensando en los “cánones” que nos hemos marcado para el “teatro escolar”: simplificarla para que sea fácilmente representable por escolares y que, a su vez, tenga un lenguaje comprensible por y para los alumnos de la Enseñanza Secundaria.

GUÍA DIDÁCTICA-ACTIVIDADES DE LECTURA

- [1] Plauto, el autor de la obra que tienes en las manos y que vas a ver en escena, es el máximo representante de la Comedia en Roma, y sus comedias son los textos literarios más antiguos que conservamos en latín. Para conocer algo más sobre este autor, *haz una ficha con los datos más relevantes sobre su época, sus obras y su influencia posterior*. Puedes utilizar un libro de Literatura Latina (por ejemplo, el *Diccionario de la Literatura Clásica*, de M.C. Howatson) o un Diccionario Enciclopédico.
- [2] *Los Menechmos* fue utilizada como modelo por Shakespeare en su *Comedia de los errores*. *Puedes buscar información sobre esta obra y comparar ambas tramas*.
- [3] En el prólogo se nos advierte de que, como era lo habitual en las comedias, la acción de *Los Menechmos* transcurre en ambiente griego pero no ático, sino siciliano. *Busca información sobre el marco geográfico de la civilización griega y comprueba si Sicilia formaba parte de la Hélade. ¿Alguna otra parte de Italia formó parte del mundo griego? ¿Con*

qué nombre se conocía esta zona? Sitúa en un mapa las ciudades de Siracusa, Tarento y Epidamno (actual Durazzo).

- [4] El prólogo es una de las partes de la Comedia en que Plauto introduce modificaciones significativas respecto a sus modelos griegos. Plauto, además de exponer el argumento de la obra, persigue en sus prólogos otros objetivos, como: dar información sobre el autor, reclamar el silencio y la atención del público, advertir reiteradamente al público sobre algún aspecto de la obra, incluir comentarios chistosos e interpelaciones desenfadadas al público... *Lee atentamente el prólogo de Los Menechmos y comprueba cuáles de estos objetivos se recogen en él, eligiendo frases que apoyen tu opinión.*
- [5] Los personajes de Plauto suelen ser prototipos de figuras cómicas cuyas características se exageran de forma grotesca para provocar la hilaridad. Te señalamos a continuación los personajes-tipo del teatro plautino y sus características, y *te proponemos que a continuación busques cuáles se encuentran bien representados en esta obra, seleccionando algunas frases que puedan caracterizarlos:*
- El joven: atolondrado, enamorado, algo bobalicon y, frecuentemente, juguete de esclavos avispados.
 - El viejo: severo, riguroso, colérico, moralizador y tacaño.
 - El esclavo: suele ser el personaje que, junto con el parásito, más juego cómico da en el teatro plautino.

Dos son los tipos de esclavos que presenta Plauto: el esclavo avisado, astuto pero irrespetuoso, dispuesto a ayudar de cualquier forma a su amo; frente a éste, encontramos al esclavo servil, sumiso, atento a servir a su amo pero temeroso del castigo.

- La matrona: esposa de rica dote, altiva, mandona, colérica y dispuesta a imponer su voluntad.
- Parásito: es el gracioso por excelencia, dispuesto a soportar cualquier humillación por un plato de comida.

[6] Aunque las obras de Plauto se basan en originales griegos y transcurren en ciudades griegas, sin embargo el autor adapta las situaciones, introduciendo numerosas referencias a instituciones y costumbres romanas. Vamos a enumerarte a continuación algunas de ellas y a proponerte algunas actividades.

- En el acto I, escena segunda, Cepillo, el parásito, dice a Menechmo I: “Has encontrado al propio colegio de los augures”. *Averigua quiénes eran los augures y en qué consistía su cometido. La palabra **inauguración** está relacionada semánticamente con los augures, investiga por qué motivo.* En un manual de Cultura Clásica o de Latín puedes encontrar información.
- En la escena segunda del acto IV, Menechmo I se queja de que en ocasiones los clientes “que no cumplen las leyes ni se preocupan de la justicia son una fuente de preocupaciones sin fin para sus patronos”; por otra parte, en la escena séptima del acto V

Mesenión, que piensa que se le ha concedido la libertad, saluda a Menechmo I llamándole “patrón mío”. *¿Qué se entendía en Roma con el término **patrono**? ¿Y con el término **cliente**? ¿Cuáles eran las relaciones entre ambos? ¿Qué nombre recibían los esclavos a los que su amo concedía la libertad? ¿Qué nombre recibía el hecho de conceder la libertad a un esclavo y cómo podía hacerse?*

- En la escena segunda del acto V el anciano, hablando de la actitud de las mujeres, afirma que estas “desean que sus maridos se acomoden a ellas, confiadas en su dote”. *Busca información sobre la situación de la mujer y sobre el matrimonio e intenta explicar esa afirmación.*
- Durante el largo parlamento de Cepillo en la escena primera del primer acto, hace referencia a “las fiestas de Ceres”. *¿Quién era Ceres? ¿Cuál era su equivalente en el mundo griego? Busca en un Diccionario de Mitología información sobre esta diosa y sobre un bonito mito que ella protagoniza y que explica la sucesión de las estaciones del año. ¿Qué nombre recibían las fiestas que le estaban dedicadas y en qué fecha se celebraban?*

[7] Por último, si lees atentamente la obra, verás que son muy numerosas las alusiones a personajes de la mitología, dioses y héroes. Busca información sobre ellos en un diccionario de mitología.

PLAUTO

LOS MENECHMOS
(*LOS GEMELOS*)

DRAMATIS PERSONAE

PENICULUS = CEPILLO, parásito de Menechmo I .

MENECHMO I, el gemelo raptado, que era el que se llamaba así desde su nacimiento.

MENECHMO II o SOSICLES; el gemelo que permaneció en Siracusa y al que el abuelo cambió el nombre, poniéndole el de su hermano perdido.

EROCIA, cortesana, amante de Menechmo I.

CYLINDRO, cocinero de Erocía.

MESENIÓN, esclavo de Menechmo II.

ESCLAVA.

MATRONA, mujer de Menechmo I.

ANCIANO, padre de la mujer de Menechmo I.

MÉDICO.

ARGUMENTO

Un mercader de Siracusa, que tenía dos hijos gemelos, murió poco después de que uno de los dos niños fuera raptado. El abuelo paterno dio el nombre del niño que había desaparecido al que se quedó en casa: convirtió a Sosicles en Menechmo. Cuando éste creció, se dedicó a buscar a su hermano por todas partes. En esta búsqueda llega a Epidamno, donde había crecido el hermano que había sido raptado. Todos creen que el extranjero es su conciudadano Menechmo, y así lo llaman la amante, la esposa y el suegro. Finalmente los dos hermanos a su vez se encuentran y se reconocen.

PRÓLOGO

¡Vayan por delante, espectadores, mis deseos de salud y felicidad para vosotros y para mí mismo! Os traigo de palabra, no en la mano, a Plauto: os pido que lo escuchéis con oídos benévolos..... Ahora oid el argumento y prestad atención; os lo resumiré en poquísimas palabras.

Pero antes, una advertencia: los autores de comedias suelen afirmar que en sus obras toda la acción transcurre en Atenas, piensan que así sus obras os parecerán más griegas; yo, por mi parte, no diré que ha sucedido sino allí donde en verdad se cuenta que ocurrió. Además esta obra que se va a representar ciertamente es “grequizante”, pero no “atiquizante” sino “sicilianizante”¹. Bueno, pongamos con esto fin al preámbulo de esta historia.

¹ Estos versos han sido interpretados de diferente manera. Por una parte algunos comentaristas piensan que Plauto se refiere a que su modelo era un autor griego de Sicilia y no ateniense, en cambio otros piensan que Plauto se refiere a que es una comedia de ambiente siciliano porque de allí procedían los dos protagonistas de la obra.

Ahora os expondré el argumento bien medido, no en celemines ni en fanegas, sino en el mismo granero. ¡Tan grande es mi generosidad en esto de contar argumentos!

Hubo en Siracusa un anciano mercader que tuvo dos hijos gemelos, tan iguales entre sí que no podían distinguirlos ni la nodriza que les daba de mamar ni siquiera su propia madre que los había parido; así, al menos, me lo refirió alguien que los había visto, que yo desde luego no los he visto nunca. ¡Qué ninguno de vosotros vaya a pensar otra cosa!

Cuando ya los niños tenían siete años, el padre cargó un barco con gran cantidad de mercancías y decidió embarcar con él a uno de los gemelos para llevarlo consigo al mercado de Tarento, mientras al otro lo dejaba en casa con su madre. Al llegar a Tarento, sucedió que casualmente se estaban celebrando allí unos juegos y, como suele ocurrir en tales ocasiones, se había concentrado en el lugar una gran multitud; entre tantas personas el niño se separó de su padre y se perdió. Un mercader de Epidamno² encontró al niño, lo cogió y se lo llevó con él a su ciudad. El padre tras la pérdida del niño quedó totalmente abatido y murió de la propia tristeza pocos días después en Tarento.

² Es el nombre de una colonia griega del Epiro en la costa del Adriático, a la que los romanos dieron el nombre de Dirrachium (actual Durazzo).

Cuando llegó hasta el abuelo de los niños en Siracusa la noticia de que su nieto había sido raptado y de que el padre había muerto en Tarento, él mismo cambió el nombre al otro gemelo. ¡Tanto quería al niño que se había perdido que le puso su nombre al que se había quedado en casa! A partir de este momento los dos gemelos responden al nombre de Menechmo, que es también el nombre del abuelo (precisamente me acuerdo muy bien de su nombre porque vi cómo lo llamaban a gritos) Así pues, os lo advierto de nuevo, poned atención para no confundiros: los gemelos tienen ahora el mismo nombre.

Debo volver ahora sobre mis pasos a Epidamno para exponeros punto por punto todo el asunto. Si alguno de vosotros quiere que le consiga algo en Epidamno, que lo diga sin apuro pero que me dé con lo que pueda procurárselo. Pues si alguien quiere alguna cosa y no me da el dinero, hace una tontería, y quien me lo dé hace una tontería aún mayor.

Pero vuelvo a mi asunto y procuraré permanecer en él. Aquel mercader de Epidamno a quien hace poco me he referido, el que se llevó al gemelo perdido, no tenía hijos pero sí grandes riquezas. Recibió como hijo al niño raptado, lo casó con una mujer rica y decidió que, a su muerte, sería su único heredero. Sucedió, pues, que un día, después de unas fuertes lluvias, iba el mercader al campo y, al intentar cruzar un río que iba crecido no

lejos de la ciudad, éste se llevó por delante al raptor del niño y arrastró al hombre a su perdición. El gemelo se encontró de esta forma con una gran fortuna.

Aquí vive el gemelo raptado. Ahora el otro gemelo, el que estaba en Siracusa, acaba de llegar en este preciso momento a Epidamno para buscar a su hermano.

Mientras dure la representación, esta ciudad es Epidamno; cuando se ponga en escena otra obra, será otra ciudad distinta. Lo mismo ocurre con los actores, que también suelen cambiar su papel: el mismo actor a veces representa a un alcahuete, a veces a un joven, ya a un anciano, a un pobre, a un mendigo, a un rey, a un parásito, a un adivino

ACTO I

ESCENA PRIMERA

(Cepillo)

CEPILLO.- *(Dirigiéndose directamente al público).*

Los jóvenes me han puesto el nombre de “Cepillo”³, porque, cuando como, dejo la mesa totalmente limpia. A mi entender cometen una gran estupidez quienes atan con cadenas a los prisioneros o llenan de grilletes a los esclavos fugitivos. Pues si un desgraciado ve cómo sus desgracias aumentan con otras nuevas, tendrá un deseo aún mayor de escapar o de hacer alguna otra fechoría todavía más grande. Así, de una forma u otra, procuran librarse de sus cadenas, intentando a veces abrir las argollas o hacer saltar los clavos con una piedra. Todo esto es una estupidez. Si de verdad quieres mantener a alguien bien sujeto para que no escape, mantenlo sujeto con la comida y la bebida. Tendrás así al hombre encadenado por el morro a una

³ CEPILLO: el nombre de este personaje en latín (PENICULUS) es un diminutivo que designaba un utensilio dedicado a la limpieza, especie de escoba o brocha, confeccionada con la cola de algún animal.

mesa llena. Mientras le ofrezcas diariamente comida y bebida en abundancia y a su capricho, nunca huirá, puedes apostar lo que quieras, ni siquiera si es reo de pena capital; lo conservarás más fácilmente mientras lo mantengas atado con esta cadena. Sin duda los alimentos son las cadenas más flexibles: cuanto más las alargas, tanto más estrechamente sujetan.

Yo ahora me encamino hacia la casa de Menechmo, donde hace ya tiempo cumplo condena; voy por mi propio gusto a que me encadene. Verdaderamente este joven no alimenta a las personas, sino que las cuida y engorda: no hay un médico mejor. Así es este joven: él mismo organiza grandes banquetes dignos de las fiestas de Ceres⁴. ¡Tales mesas prepara! ¡Tales montones de platos dispone encima de la mesa! Hay que ponerse de pie encima del lecho, en el caso de que desees coger algo de arriba.

Vuelvo porque he tenido un descanso de muchos días: he permanecido en mi casa con aquellas cosas que me son más “caras”⁵. Pues yo ni compro ni como sino lo más caro. Pero ya todos los bienes caros, que había colocado ordenadamente en mi mesa, me están aban-

⁴ En las fiestas de Ceres, las Cerealia, que tenían lugar entre el 12 y el 19 de abril, se ofrecían al pueblo grandes banquetes, ya que esta diosa era la divinidad del trigo y, en general, de los cereales.

⁵ CARA: juego de palabra con el doble significado que tiene en latín este adjetivo que puede entenderse como querido y como cosa de valor. El mismo doble sentido tiene el adjetivo en español.

donando. (*Volviéndose hacia la puerta de la casa de Menechmo*) Ahora me dispongo a visitar a Menechmo. Pero, ¡se abre la puerta! ¡Mira! Es el propio Menechmo que se dispone a salir.

ESCENA SEGUNDA
(*Menechmo I; Cepillo*)

MENECHMO I.- (*Hablándole a alguien que se encuentra dentro de la casa*). Si no fueras mala, estúpida, indomable e histérica, detestarías tú misma lo que ves que es motivo de disgusto para tu marido. En lo sucesivo, si vuelves a comportarte conmigo de este modo, haré que vuelvas repudiada con tu padre. Pues cuantas veces quiero salir, me retienes, me llamas, me preguntas una y otra vez que dónde voy, que qué voy a hacer, que qué asunto me traigo entre manos, que qué se me ha perdido fuera. ¡Me he casado con un portero! ¡De tal manera debo justificar lo que he hecho y lo que voy a hacer! Te tengo demasiado consentida, pero te diré lo que voy a hacer ahora. Puesto que te proporciono en abundancia esclavas, chucherías, lana, oro, vestidos, púrpura... y no te falta de nada, harás bien, si sabes lo que te conviene, en dejar de vigilar a tu marido. Y ahora, para que de verdad tengas un motivo para controlarme, énterate bien: hoy, en pago a tus desvelos, me buscaré una cortesana y me invitaré a cenar en alguna parte.

CEPILLO.- (*En un aparte, dirigiéndose al público*)

Parece que este hombre amenaza a su esposa, pero realmente me amenaza a mí; pues si cena fuera, es a mí, y no a su mujer, a quien castiga.

MENECHMO I.- (*Saliendo fuera y haciendo señales de triunfo*) ¡Bravo! Con esta reprimenda conseguí finalmente alejar a mi esposa de la puerta de una vez por todas. ¿Dónde están los maridos juerguistas? ¿Cómo es que no vienen a felicitarme y a traerme regalos, puesto que he librado un buen combate? (*Exhibiendo un manto de mujer*) Le he quitado a mi esposa este manto y se lo llevo a mi amiga. Así hay que actuar: engañando con malas artes a una astuta guardiana. ¡Hermosa proeza! ¡Bien realizada con ingenio y astucia! A mi costa le quité este manto a la arpía de mi mujer y se lo entregaré a la causa de mi perdición. Arrebaté este botín al enemigo en beneficio de mis aliados.

CEPILLO.- (*Dirigiéndose a Menechmo*) ¡Eh joven! ¿Hay acaso en ese botín algo para mí?

MENECHMO I.- (*Aparte*) ¡ Estoy perdido! Caí en una trampa.

CEPILLO.- (*Tranquilizándolo*) Al contrario, has llegado a un puesto seguro. No temas.

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose a Cepillo*) ¿Quién eres?

CEPILLO.- Soy yo.

MENECHMO I.- (*Estrechándole la mano*) ¡Salud ¡Oh fuente de mi provecho y ayuda mía!

CEPILLO.- ¡Salud!

MENECHMO I.- ¿Qué haces?

CEPILLO.- Tengo de la mano a mi genio protector

MENECHMO I.- No has podido llegar de forma más oportuna.

CEPILLO.- Me suele pasar: conozco todos los resortes de la oportunidad.

MENECHMO I.- ¿Quieres descubrir algo sabroso?

CEPILLO.- ¿Quién es el cocinero que lo ha cocinado? Ya sabré yo, cuando vea las sobras, si algo ha salido flojo.

MENECHMO I.- Dime ¿has visto alguna vez un cuadro en el que se representara el águila raptando a Ganimedes o Venus a Adonis?

CEPILLO.- Con frecuencia. Pero ¿qué tienen que ver esas pinturas conmigo?

MENECHMO I.- (*Mostrándole el manto*) ¡Ea! ¡Mírame bien! ¿No encuentras semejanzas?

CEPILLO.- ¿Qué adornos son esos que llevas?

MENECHMO I.- Di que soy el hombre más ingenioso de todos.

CEPILLO.- ¿Dónde vamos a comer?

MENECHMO I.- Antes di lo que te mando.

CEPILLO.- Lo digo: ¡oh, hombre de enorme ingenio!

MENECHMO I.- ¿No puedes añadir algo más de tu cosecha?

CEPILLO.- Y el más divertido de todos.

MENECHMO I.- Continúa, continúa....

CEPILLO.- ¡Caramba, ya está bien! No sigo hasta que no me expliques a qué viene todo esto. Has tenido una discusión con tu mujer, así que por precaución he de tener cuidado contigo.

MENECHMO I.- Vayamos a escondidas de mi mujer a donde lo pasemos bien y quememos este día.

CEPILLO.- Ahora hablas con sensatez. ¿Cuándo le pego fuego a la pira? Pues el día ha pasado ya de la mitad y está casi muerto.

MENECHMO I.- Te retrasas, cuando me interrumpes.

CEPILLO.- Sácame un ojo y arrójalos al suelo, Menechmo, si vuelvo a decir algo sin que me lo mandes.

MENECHMO I.- Aléjate de la puerta.

CEPILLO.- Vale.

MENECHMO I.- Aléjate todavía más.

CEPILLO.- Bueno.

MENECHMO I.- (*Alejándose pero sin dejar de mirar la puerta*) Apártate todavía más de la cueva de la leona.

CEPILLO.- ¡Bien, por Pólux! Verdaderamente en mi opinión, tú sí que harías un magnífico auriga.

MENECHMO I.- ¿Por qué lo dices?

CEPILLO.- Porque te vuelves continuamente a mirar, no vaya a ser que tu esposa te siga.

MENECHMO I.- Pero, ¿qué estás diciendo?

CEPILLO.- ¿Yo? Lo que tú quieras, eso afirmo y eso niego.

MENECHMO I.- Si hueles alguna cosa, ¿eres tú capaz de hacer una predicción?

CEPILLO.- Has encontrado al propio colegio de los augures.

MENECHMO I.- Debes oler este manto que llevo. ¿A qué huele? ¿Te apartas?

CEPILLO.- Es conveniente oler los atuendos de las mujeres por la parte de arriba, pues por cualquier otro lugar se infecta la nariz con un olor penetrante.

MENECHMO I.- Pues venga, huele éste, Cepillo. ¡Qué gracioso! ¡Qué melindroso! ¡Qué muestras de asco!

CEPILLO.- ¡Claro!

MENECHMO I.- ¿Y qué? ¿A qué huele?

CEPILLO.- A robo, a ramera, a juerga.

MENECHMO I.- ¡Bien dicho! Ahora se lo llevo a mi amiga, la cortesana Erocía. Y le diré que prepare un festín para ti, para mí y para ella.

CEPILLO.- ¡Bien!

MENECHMO I.- Y luego beberemos hasta la primera estrella de mañana.

CEPILLO.- ¡Estupendo! Has hablado con claridad. ¿Llamo ya a la puerta?

MENECHMO I.- Llama. Pero, ¡espera un momento!

CEPILLO.- Das un paso adelante y dos atrás.

MENECHMO I.- Llama con suavidad

CEPILLO.- ¡A ver si te crees que la puerta es cerámica de Samos!

MENECHMO I.- ¡Espera, espera! Por favor. Mira, es ella que sale. ¡Oh! ¿No ves cómo el sol queda oscurecido por el brillo de su cuerpo?

ESCENA TERCERA

(Erocía; Cepillo; Menechmo I)

EROCIA.- ¡Hola, Menechmo, corazón mío!

CEPILLO.- ¿Y para mí no hay nada?

EROCIA.- Tú estás para mí fuera de cupo.

CEPILLO.- Eso mismo suele ocurrirle en el ejército a los soldados suplementarios.

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose a Erocia*) Te voy a encargar que me prepares hoy un festín en tu casa.

EROCIA.- Así se hará.

MENECHMO I.- En él ambos competiremos en beber; tu juzgarás la competición: aquel de los dos, al que encuentres mejor con la jarra, pasará la noche contigo. ¡Cómo odio a mi mujer, cuando te miro, amor mío!

EROCIA.- (*Señalando el manto*) Y entretanto no puedes dejar de llevar puesto algo suyo. ¿Qué es esto?

MENECHMO I.- Es tu trofeo y el botín arrebatado a mi esposa.

EROCIA.- ¡Cuán fácilmente consigues aventajar en mi estima a todos los que buscan mis favores!

CEPILLO.- (*Aparte*) Es propio de una cortesana mostrarse cariñosa tan pronto como pone el ojo en lo que puede llevarse. (*Dirigiéndose a Erocia*) Pues, si lo quieres tanto, debías haberle quitado la nariz de un mordisco.

MENECHMO I.- (*Tendiéndole su capa a Cepillo*) Aguanta tú esto, Cepillo. Que quiero entregar el botín que le he ofrecido.

CEPILLO.- De acuerdo; pero, por favor, baila antes vestido con el manto.

MENECHMO I.- ¿Que yo baile? ¡Pero vamos! ¿Estás loco?

CEPILLO.- ¿Yo? ¿No lo estás tú más? Si no bailas, quítatelo ya.

MENECHMO I.- Yo le arrebaté este manto hoy a mi mujer con un enorme peligro. Hercules ciertamente, al quitarle el cinturón a Hipólita, no tuvo más valor ni pasó mayor peligro. Tómalo tú, que eres la única que vives para satisfacer mis deseos.

EROCIA.- ¡Estos son los sentimientos que deben animar a los buenos amantes!.

CEPILLO.- (*Aparte*) Especialmente aquellos que esten deseosos de precipitarse en la más absoluta pobreza.

MENECHMO I.- Lo compré este año para mi mujer por cuatro minas.

CEPILLO.- Cuatro minas completamente perdidas, según las cuentas.

MENECHMO I.- (*Hablándole a Erocía*) ¿Sabes de lo que quiero que te ocupes ahora?

EROCIA.- Haré lo que me digas.

MENECHMO I.- Ordena, pues, disponer una comida en tu casa para nosotros tres y comprar en el foro algunos manjares: papada de cerdo, tocino de jamón, media cabeza de cerdo o algunas otras exquisiteces de ese tipo que, una vez puestas en la

mesa, despierten un apetito voraz. Y que todo esté dispuesto pronto.

EROCIA.- Lo estará.

MENECHMO I.- Nosotros nos vamos al foro, estaremos aquí pronto: iremos a beber, mientras preparan la comida.

EROCIA.- Cuando quieras, ven. Todo estará dispuesto.

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose a Erocía*) Date prisa (*volviéndose a Cepillo*) y tú ven conmigo.

CEPILLO.- ¡Por Hércules! ¡Y tanto que te vigilaré y te seguiré! Que no quisiera hoy perderte, aunque me ganara todas las riquezas de los dioses.

EROCIA.- Haced salir inmediatamente a Cylindro, mi cocinero.

ESCENA CUARTA

(*Erocía; Cylindro*)

EROCIA.- (*Hablándole al cocinero*) Coge una cesta y dinero. Toma, aquí tienes tres monedas.

CYLINDRO.- Ya las tengo.

EROCIA.- Ve y trae provisiones; cuida que haya suficiente para tres, pero que ni falte ni sobre.

CYLINDRO.- ¿Qué clase de personas serán los comensales?

EROCIA.- Yo, Menechmo y su parásito.

CYLINDRO.- Entonces son diez; pues el parásito ese hace por ocho.

EROCIA.- Ya te he dicho los invitados, ahora encárgate de todo.

CYLINDRO.- De acuerdo. Ya está cocinado. Ve diciéndoles que se sienten a la mesa.

EROCIA.- Vuelve rápido.

CYLINDRO.- En un salto estoy aquí de nuevo.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

(Menechmo II ; Mesenión)

MENECHMO II.- *(Hablandole a su esclavo)* En mi opinión, Mesenión, no hay ningún placer mayor para los navegantes que ver desde alta mar tierra a lo lejos.

MESENIÓN.- Mayor sería, a decir verdad, si la tierra que se viera fuera la de uno. Pero contéstame por favor ¿a santo de qué venimos ahora a Epidamno? ¿Acaso, como el mar, vamos a rodear todas las islas?

MENECHMO II.- Para buscar a mi hermano gemelo

MESENIÓN.- ¿Va a haber alguna medida en esta búsqueda? Pues hace ya seis años que nos pusimos a esta tarea. Hemos visitado a los Histros, a los Hispanos, a los Marselleses, a los Ilirios, todo el mar Adriático y las colonias griegas y todas las orillas de Italia, a las que se acerca el mar. Si buscaras una aguja, creo que la hubieras encontrado hace tiempo, si la hubiera. Buscamos a un muerto entre los vivos; pues, en el caso de que aún viviera, haría ya bastante tiempo que lo hubiéramos encontrado.

MENECHMO II.- Precisamente busco aquí a alguien que me asegure, que me diga con certeza que está muerto; en tal caso nunca más me tomaré el trabajo de seguir con mi búsqueda por más tiempo. De otra forma en ningún momento desistiré de buscarlo entre los vivos. Yo solo sé cuánto lo quiero.

MESENIÓN.- Buscas un nudo en el junco⁶. ¿Por qué no nos volvemos desde aquí a casa? A no ser que pretendas que escribamos historia .

MENECHMO II.- (*Con tono enérgico y enfadado*) Harás lo que se te mande, comerás lo que se te dé, procurarás evitar el castigo. No seas pesado, esto no se hará a tu manera.

MESENIÓN.- Vale. Con estas palabras has dejado bien claro que soy un esclavo. No se puede hablar más claro con menos palabras. Pero sin embargo no puedo dejar de hablar. ¿Me escuchas, Menechmo? Cuando miro la bolsa, veo que viajamos con un equipaje bien ligero. Presta atención no sea que, si no regresas a casa, se acerque el momento en que, habiéndolo perdido todo, lamentos haber buscado a tu gemelo. Pues así es esta ciudad: entre los habitantes de Epidamno están los más grandes vividores y bebedores; viven aquí muchísimos farsantes y rateros; también se exhiben en ella

⁶ Dado que el junco no tiene nudos, esta expresión se utilizaba para referirse a algo imposible; podrían ser equivalentes las expresiones *buscar una aguja en un pajar* o *pedir peras al olmo*.

las cortesanas más seductoras. Con razón se ha dado a esta ciudad el nombre de Epidamno, pues casi nadie se aleja de aquí sin sufrir algún daño.

MENECHMO II.- Yo tomaré precauciones contra todo esto. Mientras estemos aquí, yo guardo la bolsa.

MESENIÓN.- ¿Y eso?

MENECHMO II.- Por tus palabras he comprendido que debo tomar precauciones contigo.

MESENIÓN.- ¿Qué es lo que temes?

MENECHMO II.- Temo que tú me des un disgusto aquí, en Epidamno. Tú, Mesenión, eres un gran mujeriego, yo, en cambio, soy un hombre irascible, de mal carácter. Guardando yo el dinero, evito dos cosas, que tú metas la pata y que yo me tenga que enfadar contigo.

MESENIÓN.- Toma y guárdala. Mucho mejor para mí.

ESCENA SEGUNDA

(Cylindro; Menechmo II ; Mesenión)

CYLINDRO.- He hecho una buena compra y a mi gusto, voy a servir una buena comida a los invitados. Pero ahí veo a Menechmo. ¡Pobre espalda mía! Ya los invitados pasean delante de la puerta, antes incluso de que yo haya vuelto de la compra. Me acercaré y le hablaré. Hola, Menechmo, salud.

MENECHMO II.- Que los dioses te protejan, quienquiera que seas.

CYLINDRO.- ¿Quienquiera que sea yo? ¿No me conoces?

MENECHMO II.- Evidentemente, no.

CYLINDRO.- (*Mirando a todas partes*) ¿Dónde están los demás invitados?

MENECHMO II.- ¿A qué invitados buscas?

CYLINDRO.- A tu parásito

MENECHMO II.- ¿A mi parásito? (*Habládole a Mese-nión*) Verdaderamente este hombre está loco.

MESENIÓN.- (*Aparte a Menechmo*) ¿No te dije que aquí había muchos granujas?

MENECHMO II.- ¿A qué parásito mío buscas tú, joven?

CYLINDRO.- A Cepillo

MESENIÓN.- Mira, el cepillo lo llevo aquí a salvo en la bolsa.

CYLINDRO.- Menechmo, vienes demasiado pronto para la cena, ahora mismo vuelvo de la compra.

MENECHMO II.- (*Sacando la bolsa*) Contéstame, joven: ¿qué cuestan aquí los cerdos sin defectos para los sacrificios?

CYLINDRO.- Una moneda.

MENECHMO II.- Toma la moneda, ve a que te sanen⁷ de esa locura a mi costa. Pues verdaderamente tú, seas quien seas, tienes que estar loco para molestar a un desconocido.

CYLINDRO.- Soy Cylindro, ¿no me has conocido?

MENECHMO II.- ¡Piérdete, seas Cylindro o Coriandro! Ni te conozco ni tengo el menor interés en conocerte.

CYLINDRO.- Te llamas Menechmo, de eso estoy seguro.

MENECHMO II.- Ahora hablas sensatamente, cuando me llamas por mi nombre ¿Dónde me has conocido tú?

CYLINDRO.- ¿Preguntas dónde te he conocido? ¿Acaso no tienes tú una amiga, Erocía, que es mi dueña?

MENECHMO II.- ¡Anda ya! Ni yo tengo una amiga ni te conozco a ti, quienquiera que seas, de nada.

CYLINDRO.- ¿No me conoces a mí que te sirvo de beber con frecuencia en casa?

MESENIÓN.- ¡Desgracia más grande que no tener nada para hacer pedazos la cabeza de este hombre!

MENECHMO II.- ¿Que me sirves de beber a mí , si yo nunca hasta el día de hoy había visto Epidamno ni había puesto el pie en esta ciudad?

⁷ La locura se consideraba una maldición de los dioses por alguna falta, por este motivo era necesario hacer una ceremonia de purificación, una especie de exorcismo, que incluía el sacrificio de un cerdo sin defectos.

CYLINDRO.- ¿Lo niegas?

MENECHMO II.- Por supuesto que lo niego.

CYLINDRO.- (*Señalando la casa de Menechmo I*) ¿No vives tú en aquella casa?

MENECHMO II.- ¡Malditos sean los hombres que viven allí!

CYLINDRO.- (*Aparte*) Está realmente loco este hombre, ya que se maldice a sí mismo. (*Volviéndose a Menechmo II*) Oye, Menechmo.

MENECHMO II.- ¿Qué quieres ahora?

CYLINDRO.- Si me pides mi opinión, coge la moneda que me ofrecías hace poco y, si sabes lo que te conviene, manda sacrificar un cerdo para curarte tú, pues efectivamente tienes que estar loco para maldecirte a ti mismo.

MESENIÓN.- ¡Por Hércules, que hombre más pesado y molesto!

CYLINDRO.- (*Aparte a los espectadores*) suele bromear frecuentemente commigo de este modo. Es muy gracioso, cuando su mujer no está (*Dirigiéndose a Mnechmo II*) Oye, Menechmo, ¿te parece bastante lo que he comprado para los tres, para tí, la mujer y tu parásito? ¿Compro más?

MENECHMO II.- ¿De qué mujeres y de qué parásitos hablas?

MESENIÓN.- ¿Qué locura te impulsa a importunar a éste?

CYLINDRO.- (*dirigiéndose enfadado a Mesenión*) ¿Tú qué tienes que ver conmigo? No te conozco de nada; (*señalando a Menechmo II*) hablo con éste, que es al que conozco.

MESENIÓN.- ¡Por Pólux, no estás bien de la cabeza! Estoy completamente seguro.

CYLINDRO.- (*Volviéndose a Menechmo II*) Me pongo ahora mismo a cocinar, la comida no tardará nada. Así pues no te alejes mucho de la casa. ¿Quieres alguna cosa de mí?

MENECHMO II.- ¡Que te vayas al infierno!

CYLINDRO.- Vete tú mejor entretanto... a ponerte a la mesa, mientras yo pongo todo esto a la violencia de Vulcano. Iré dentro y le advertiré a Erocía que estás aquí para que te lleve dentro, donde estarás mejor que aquí fuera.

MENECHMO II.- ¿Se ha ido ya? ¡Vaya pelmazo! Estoy comprobando por mí mismo que tenías toda la razón.

MESENIÓN.- Pues ten mucho cuidado. (*Señalando la casa de Erocía*) creo que ahí vive una cortesana, según ha dicho el loco ese que acaba de irse.

MENECHMO II.- Sin embargo me sorprende que supiera mi nombre.

MESENIÓN.- No es nada sorprendente. Las cortesanas tienen esta costumbre: envían al puerto a pequeños esclavos y esclavas y, si arriba algún barco de fuera, preguntan de qué ciudad viene, cuál es el nombre de su patrón; inmediatamente se acercan, se pegan a él y, si consiguen engatusarlo, lo devuelven a casa totalmente arruinado. (*Señalando la casa de Erocia*) Ahora mismo hay en ese puerto una nave pirata, de la que pienso que debemos guardarnos con gran cuidado.

MENECHMO II.- ¡Caramba, tienes toda la razón!

MESENIÓN.- Sabré que de verdad tengo razón, cuando tú sigas mis consejos.

MENECHMO II.- Calla un momento. Suena la puerta. Veamos quién sale.

MESENIÓN.- (*Dejando la bolsa en el suelo*) Dejaré mientras esto aquí. (*Dirigiéndose a unos marineros*) Vosotros, remeros, echadle una mirada a estas cosas, por favor.

ESCENA TERCERA

(*Erocia; Menechmo II; Mesenión*)

EROCIA.- (*Dirigiéndose a Cylindro que está dentro de la casa*) Deja la puerta así, entra y deja encajado. Ocúpate ahí dentro de todo y procura que las cosas se hagan como es debido. Extended los lechos, perfumad la habitación, el lujo resulta atrayente para

los enamorados. Los placeres refinados son una ruina para ellos y una bendición para nosotras. (*Volviéndose*) Pero ¿dónde está Menechmo? El cocinero me dijo que estaba en la puerta. ¡Ah! Ahí lo veo. (*aparte al público*) Me es de gran utilidad y me proporciona grandes beneficios. Yo, por mi parte, también procuro que él, como se merece, reciba en mi casa mejor trato que cualquier otro. Ahora me acercaré a él y le hablaré yo primero. (*Dirigiéndose a Menechmo cariñosamente*) Corazón mío, me extraña que te quedes aquí fuera, cuando las puertas de mi casa, que es la tuya, están siempre más abiertas para ti que las de tu propia casa. Todo está preparado como dijiste y como te gusta. La comida está ya dispuesta, como ordenaste; cuando quieras podemos sentarnos a la mesa.

MENECHMO II.- ¿Con quién habla esta mujer?

EROCIA.- ¡Pues contigo!

MENECHMO II.- ¿Y qué he tenido o tengo yo que ver contigo ahora y nunca?

EROCIA.- Pues precisamente a ti quiso Venus que te quisiera más que a todos, y ¡por Cástor!, no sin razón, pues sólo tú me haces florecer con tus atenciones.

MENECHMO II.- (*Aparte a Mesenión*) Con toda seguridad, Mesenión, esta mujer está loca o borracha, puesto que se dirige a mí, un perfecto desconocido, con tanta familiaridad.

MESENIÓN.- (*Aparte a Menechmo II*) ¿No te dije que estas mujerzuelas suelen comportarse así? Ahora sólo caen hojas, esto no es nada para lo que puede pasar si nos quedamos aquí tres días más: entonces caerán los árboles sobre ti. Pues así son estas cortesanas: todos sus encantos se encaminan a conseguir dinero. Pero deja que yo le hable. (*Elevando la voz y dirigiéndose a Erocía*) ¡Eh, mujer, a ti te digo!

EROCIA.- ¿Qué pasa?

MESENIÓN.- ¿Dónde conociste a este hombre?

EROCIA.- En el mismo lugar que él me conoció a mi hace ya tiempo, en Epidamno.

MESENIÓN.- ¿En Epidamno? ¿Conociste en Epidamno a éste que nunca hasta el día de hoy había puesto un pie ni había entrado en esta ciudad?

EROCIA.- ¡Cuántas tonterías dices! (*a Menechmo II*) Menechmo mío, ¿por qué no entras? Estarás mucho mejor que aquí.

MENECHMO II.- (*Aparte a Mesenión*) ¡Es asombroso, por Pólux! Esta mujer también me llama correctamente por mi nombre. Me pregunto qué pretenderá.

MESENIÓN.- (*Aparte a Menechmo II*) Ha olfateado el dinero que llevas en la bolsa.

MENECHMO II.- Afortunadamente tú me has advertido bien. Toma entretanto la bolsa. Voy a averiguar inmediatamente si ésta me quiere a mí o al dinero.

EROCIA.- Vayamos dentro a comer.

MENECHMO II.- Estoy bien aquí, gracias.

EROCIA.- ¿Por qué entonces me has ordenado hace un rato preparar un banquete?

MENECHMO II.- ¿Qué yo te he mandado preparar un banquete?

EROCIA.- ¡Claro! Para ti y para tu parásito.

MENECHMO II.- ¡Demonios! ¿para qué parásito?
(*Aparte*) Es evidente que esta mujer no está bien de la cabeza.

EROCIA.- Para Cepillo.

MENECHMO II.- ¿Quién es ese Cepillo? ¿El que limpia las sandalias?

EROCIA.- ¿Pues quién va a ser? El mismo que vino contigo hace un rato, cuando me trajiste el manto que le habías quitado a tu mujer.

MENECHMO II.- ¿Cómo? ¿Qué yo te he dado un manto que le quité a mi mujer? ¿Tú estás bien de la cabeza? (*Aparte*) En realidad esta mujer sueña de pie a la manera de los caballos.

EROCIA.- ¿Por qué te gusta burlarte de mí y negar los hechos?

MENECHMO II.- Dime qué es lo que niego haber hecho.

EROCIA.- Dices que no me has traído hoy un manto de tu esposa.

MENECHMO II.- Por supuesto que lo niego. Nunca he tenido esposa ni la tengo, y nunca en mi vida he puesto un pie en esa casa. He comido en el barco, de donde acabo de desembarcar y me he encontrado contigo.

EROCIA.- ¡Ay, pobre de mí!, ¿de qué barco me hablas?

MENECHMO II.- De uno de madera, usado muchas veces, claveteado muchas veces, golpeado muchas veces con el martillo; casi como los utensilios de un curtidor, con una tabla próxima a otra tabla.

EROCIA.- ¡Venga! Deja ya de burlarte de mí y ven dentro conmigo.

MENECHMO II.- No se quién será él, mujer, pero buscas a otro hombre no a mí.

EROCIA.- ¿No eres tú Menechmo, hijo de Mosco, nacido en Siracusa, en Sicilia, donde reinó primero Agatocles, después Fintias, en tercer lugar Líparo, quien a su muerte entregó el reino a Hierón, que es el que reina ahora?

MENECHMO II.- Todo lo que dices es verdad, mujer.

MESENIÓN.- (*Aparte*) ¡Por Júpiter! ¿Acaso esta mujer viene de allí para conocerte tan bien?

MENECHMO II.- ¡Por Hércules! No es posible que me siga negando. (*Se dirige hacia la casa de Erocía*)

MESENIÓN.- No lo hagas. Estarás perdido si traspasas el umbral.

MENECHMO II.- Calla ahora. (*Aparte*) Se me ocurre una idea. Asentiré a cualquier cosa que ella me diga, si puedo así conseguir hospedaje. (*Dirigiéndose a Erocía*) Hace poco te contradecía, mujer, por prudencia: tenía miedo de que éste le contara a mi mujer lo del manto y lo del banquete. Vamos dentro ya.

EROCIA.- ¿No vas a esperar a tu parásito?

MENECHMO II.- No, no lo voy a esperar ni me importa un rábano ni quiero que lo dejes entrar, en el caso de que venga.

EROCIA.- ¡Estupendo! Lo haré encantada. Pero ¿sabes lo que me gustaría que hicieras?

MENECHMO II.- Manda lo que gustes.

EROCIA.- Que lleves el manto que me acabas de regalar al bordador para que le haga algunos arreglos y le añada algunos adornos a mi gusto.

MENECHMO II.- ¡Caramba, qué buena idea! Así no parecerá el mismo y mi mujer no lo reconocerá si te ve por la calle cuando lo lleves puesto.

EROCIA.- Entonces, llévatelo luego, cuando te vayas.

MENECHMO II.- Estupendo.

EROCIA.- Vayamos dentro.

MENECHMO II.- Ahora mismo te sigo, (*señalando a Mesenión*) antes quiero hablar un momento con éste. (*Dirigiéndose a Mesenión*) ¡Eh, Mesenión! Ven para acá.

MESENIÓN.- ¿Qué pasa? ¿Es esto necesario?

MENECHMO II.- Es necesario. Sé perfectamente lo que me vas a decir.

MESENIÓN.- Tanto peor para ti.

MENECHMO II.- Voy a conseguir un botín: he iniciado una gran empresa. Ve en cuanto puedas, (*señalando a los remeros*) lleva a éstos a la posada inmediatamente y vuelve tú a buscarme antes de la puesta de sol.

MESENIÓN.- Tú no conoces a estas cortesanas, señor.

MENECHMO II.- Calla, te digo. Me dolerá a mí y no a ti, si cometo una estupidez. Esta mujer es estúpida e ignorante; me he dado cuenta enseguida de que aquí tenemos posibilidad de ganar algo.

MESENIÓN.- ¡Estoy perdido! (*Dirigiéndose a Menechmo II, que entra en casa de Erocía*) ¿Ya te vas? Está irremediablemente perdido. La nave pirata lleva a la barquichuela derecha a su perdición. Pero yo, al pretender gobernar a mi amo, me comporto como un estúpido: me compró para que le obedeciera, no para que le dijera lo que tiene que hacer. (*Dirigiéndose a los marineros*) Vosotros seguidme para que pueda estar de vuelta a tiempo, según se me ha ordenado.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

(Cepillo)

CEPILLO.- Tengo más de treinta años y nunca he hecho una tontería más grande y más funesta que hoy, cuando, ¡pobre de mí!, me vi metido en una asamblea. Mientras yo me aburría, Menechmo se me escabulló y, según pienso, se fue con su amiga y no me quiso llevar con él. ¡Que todos dioses castiguen al primer hombre que se le ocurrió celebrar una asamblea! La asamblea quita el tiempo a hombres que tienen muchas ocupaciones ¿No sería mejor que se eligieran para este asunto a los desocupados, y si no acudieran cuando se les cita, que se les confiscaran inmediatamente sus bienes? Hay una gran cantidad de hombres que hacen diariamente una sola comida, que no tienen ninguna ocupación, que ni dependen de otro para comer ni tienen que ocuparse de alimentar a otro: son éstos los que deben ocuparse de asistir a la asamblea y a los comicios. Si las cosas fueran así, yo no habría perdido hoy mi cena; *(con ironía)* una cena a la que, sin embargo, estoy tan seguro de que tenía intención de invitarme como de que estoy vivo. Iré: todavía la esperanza de las sobras deleita mi espíritu. *(Viendo a*

Menechmo II salir de casa de Erocia) Pero ¿qué veo? Menechmo sale de la casa con una corona de flores en la cabeza. ¡Por Polux, se ha terminado el banquete! He llegado tarde. Observaré qué hace, después me acercaré y le hablaré.

ESCENA SEGUNDA
(*Menechmo II; Cepillo*)

MENECHMO II.- (*Saliendo de la casa de Erocia con el manto y dirigiéndose a ésta, que está en la casa*) ¿Quieres quedarte tranquila ya? Yo te traeré hoy a tiempo el manto perfecta y elegantemente arreglado. Conseguiré que digas que no es el tuyo: no será posible reconocerlo.

CEPILLO.- Lleva el manto al bordador, una vez terminada la comida y agotado el vino y habiendo excluido de todo ello a su parásito. Pero dejaré de ser quien soy si no me procuro una buena venganza. Observa la que le voy a dar.

MENECHMO II.- ¡Por los dioses inmortales! ¿A qué hombre le concedísteis más en un solo día? ¡Y sin esperarlo! He comido, he bebido, he estado con una cortesana y me he traído este manto, que ella no volverá a disfrutar nunca más a partir de este día.

CEPILLO.- No puedo oír lo que dice entre dientes; parece que habla ya harto de comer acerca de mí y de mi parte.

MENECHMO II.- Decía la mujer que yo le había dado el manto y que se lo había quitado a mi mujer. Al darme cuenta de que me confundía con otro, inmediatamente, como si yo tuviera algo que ver con ella, empecé a darle la razón en todo. Si la mujer decía una cosa, yo decía exactamente lo mismo. ¿Qué necesidad hay de muchas palabras? Nunca me ha ido mejor y con menos gasto.

CEPILLO.- Me acercaré a él, pues estoy deseando armarle una buena bronca.

MENECHMO II.- ¿Quién es ése que viene hacia mí?

CEPILLO.- ¿Qué dices, hombre más ligero que una pluma, criminal e inútil, deshonor de la humanidad, traidor y despreciable? ¿He merecido yo acaso este trato? ¿Por qué razón quieres perjudicarme? ¿Cómo te me escabulliste hace un rato del foro! Te has tragado toda la comida en mi ausencia. ¿Cómo te has atrevido a hacerlo, teniendo yo derecho a una parte?

MENECHMO II.- Joven, por favor, ¿qué tienes tú que ver conmigo? ¿Por qué me insultas así a mí, un desconocido? ¿Acaso buscas alguna desgracia con tus insultos?

CEPILLO.- ¡Otra más después de ésta que ya me has procurado!

MENECHMO II.- Respóndeme, joven, haz el favor: ¿Cómo te llamas?

CEPILLO.- ¿Ahora también te burlas de mí, como si no conocieras mi nombre?

MENECHMO II.- No, desde luego. Que yo sepa, nunca antes de este día te había visto y no te conozco de nada; pero con toda seguridad, quienquiera que seas, harás bien en no molestarme más.

CEPILLO.- Despierta, Menechmo.

MENECHMO II.- Me parece que estoy bien despierto.

CEPILLO.- ¿Dices que no me conoces?

MENECHMO II.- No lo diría, si te conociera.

CEPILLO.- ¿No conoces entonces a tu parásito?

MENECHMO II.- Joven, veo claro que no tienes bien la cabeza.

CEPILLO.- Contéstame: ¿no le robaste hoy ese manto a tu mujer y se lo regalaste a Erocía?

MENECHMO II.- ¡Claro que no! Ni yo tengo esposa, ni le di nada a Erocía ni he robado este manto.

CEPILLO.- ¿Estás en tus cabales? Todo esto es una locura. (*Señalando la casa de Erocía*) ¿No te he visto yo salir de ahí vestido con ese manto?

MENECHMO II.- ¡Ay de tu cabeza! ¿Piensas que todos somos maricones, porque tú lo seas? ¿Afirmas que me has visto a mí vestido con ropas de mujer?

CEPILLO.- ¡Y tanto que lo afirmo, por Hércules!

MENECHMO II.- ¿Por qué no te vas a donde mereces? O mejor ordena que te sanen de esa locura, loco de atar.

CEPILLO.- Nadie conseguirá que no le cuente a tu mujer todo el asunto, tal y como ha sucedido: todas estas ofensas se volverán contra ti, haré que te arrepientas de haber dado buena cuenta de ese banquete tú solo.

MENECHMO II.- ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Pues no me toma el pelo cualquiera que miro? (*Volviéndose hacia la puerta de Erocía*) Pero, cuidado, suena la puerta .

ESCENA TERCERA
(*Esclava; Menechmo II*)

ESCLAVA.- Menechmo, dice Erocía que le gustaría que al mismo tiempo que el manto llevaras este brazalete al joyero para que le añadiera una onza de oro, y que ordenaras que lo reforme de manera que parezca nuevo.

MENECHMO II.- Por supuesto, me ocuparé de esto y de lo otro. Dile que si quiere algo más, lo que sea, que yo me encargaré de hacerlo.

ESCLAVA.- ¿Sabes qué brazalete es éste?

MENECHMO II.- No sé nada de él, salvo que es de oro.

ESCLAVA.- Éste es el que decías que le habías quitado hace algún tiempo a tu esposa del armario a escondidas.

MENECHMO II.- ¡Anda ya! Yo nunca he hecho eso.

ESCLAVA.- ¿No lo recuerdas? Pues devuélveme el brazalete.

MENECHMO II.- Espera. Sí, sí, ciertamente éste es el que yo le regalé.

ESCLAVA.- Eso es.

MENECHMO II.- ¿Dónde están aquellas pulseras que le regalé al mismo tiempo?

ESCLAVA.- No le regalaste nada más.

MENECHMO II.- Pues, por Pólux, se las di juntamente con este brazalete.

ESCLAVA.- ¿Le puedo decir que lo harás todo?

MENECHMO.- ¡Claro! Díselo. Le traeré el manto y el brazalete al mismo tiempo.

ESCLAVA.- ¡Por favor, Menechmo mío, regálame a mí también unos pendientes de oro de dos dracmas de peso, haz que me hagan unos colgantes en forma de gotas de agua, para que me dé alegría verte cuando vengas a casa!

MENECHMO II.- De acuerdo. Dame el oro y yo pondré la mano de obra.

ESCLAVA.- Anda, pon tú también el oro y yo te lo devolveré después.

MENECHMO II.- No, dámelo tú: yo después te devolveré el doble.

ESCLAVA.- No lo tengo.

MENECHMO II.- Entonces, me lo darás cuando lo tengas.

ESCLAVA.- ¿Mandas algo?

MENECHMO II.- Que le digas a Erocía que yo me encargaré... (*aparte*) de venderlo en cuanto pueda a quien lo quiera. ¿Se va ya para dentro? Se va, ha abierto la puerta. ¡Ciertamente todos los dioses me ayudan, me enriquecen, me aman! Pero ¿qué hago aquí parado? ¿por qué no me alejo a toda prisa de estos lugares de perdición, mientras tengo oportunidad y tiempo? Date prisa, Menechmo, apresura el paso, corre. Me quitaré esta corona y la tiraré ahí, a la izquierda, para que, si alguien me sigue, piense que me he ido por ese lado. Ahora iré, si puedo, a reunirme con mi esclavo para que oiga de mi boca todo los bienes que los dioses me han concedido.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

(Matrona; Cepillo)

MATRONA.- ¿Tengo yo acaso que aguantar ser engañada en mi matrimonio y que mi marido me quite a escondidas lo que quiera y se lo lleve a su amiga?

CEPILLO.- ¿Por qué no te callas? Yo haré que lo cojas con las manos en la masa. Sígueme por aquí ahora. Ahora mismo, borracho y coronado de flores, llevaba al bordador el manto que hoy te ha quitado de casa. *(Cogiendo la corona que Menechmo II ha tirado)* Pero, ¡mira!, aquí tienes la guirnalda que llevaba. ¿Ves cómo no miento? Se ha ido por ahí, si quieres seguirlo por sus huellas. *(Viendo venir a Menechmo I)* Míralo, regresa en buena hora; pero no trae el manto.

MATRONA.- ¿Qué voy a hacer ahora yo con éste?

CEPILLO.- Lo mismo que siempre: pelearte con él. Escondámonos aquí: ¡estate al acecho!

ESCENA SEGUNDA

(Menechmo I; Matrona; Cepillo)

MENECHMO I.- Es tremendamente necia y enojosa esta costumbre que tenemos, y que muy especialmente tienen los poderosos, de desear para sí el mayor número de clientes: sean buenos o malos, esto no les preocupa; se mira más la situación económica de los clientes que el hecho de que su honradez le conceda una buena reputación. Si es pobre y honrado, se lo considera de poco valor; pero si es rico y sinvergüenza, entonces se lo considera digno. Quienes nunca cumplen las leyes ni se preocupan de la justicia, éstos son una fuente de preocupaciones sin fin para sus patronos. Dicen que no se les ha dado lo que se les dio, están siempre metidos en pleitos, son ladrones, embusteros y han conseguido su fortuna por medio de la usura y el perjurio. Cuando se cita a juicio a personas así, se cita también a sus patronos. En efecto, tomamos la palabra por ellos para defender lo que han hecho mal, ya se vea la causa ante la asamblea o ante el tribunal o ante el edil. Así me ha ocurrido hoy a mí: un cliente me ha tenido muy ocupado y no pude hacer lo que tenía pensado; ¡de tal forma me retuvo y me entretuvo! Tuve que defender ante el edil sus numerosas y horribles fechorías, esgrimí cláusulas retorcidas, intrincadas: dije a la vez más y menos de lo que era necesario decir, hasta que conseguí un acuerdo. ¡Y nunca he visto un hombre que debiera ser considerado culpable con más evidencias! Para cada una de sus

fechorías se presentaban tres firmísimos testigos. ¡Que todos los dioses lo confundan, pues me ha arruinado completamente el día! ¡Y que me confundan también a mí, que tuve la ocurrencia de ir hoy a echar un vistazo al foro! He echado a perder un día estupendo: le dije a mi amiga que dispusiera un banquete y ella me estará esperando, lo sé. Tan pronto como he podido, he salido corriendo del foro hacia allí. Ahora estará enfadada conmigo, supongo; la aplacará el manto que le he quitado a mi esposa y le he regalado a ella.

CEPILLO.- (*Dirigiéndose a la esposa de Menechmo I*)
¿No piensas decir nada?

MATRONA.- Que yo me casé en mala hora con un mal marido

CEPILLO.- ¿Tienes suficiente con lo que le has oído decir?

MATRONA.- Más que suficiente

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose hacia la casa de Ero-cia*) Será mejor que entre ahí, donde lo pasaré bien.

CEPILLO.- (*Poniéndose delante*) Espera; me parece que lo vas a pasar mal.

MATRONA.- (*Hablándole a Menechmo I*) ¡Por Cástor! No me has quitado hoy el manto sin un precio a cambio.

CEPILLO.- ¡Así, dale!

MATRONA.- (*A Menechmo I*) ¿Pensabas que ibas a poder hacer a escondidas esas fechorías?

MENECHMO I.- ¿Qué te pasa, esposa?

MATRONA.- ¿Y me lo preguntas?

MENECHMO.- (*Intentando acariciarla*) ¿Quieres que se lo pregunte a él?

MATRONA.- (*Rehazándolo*) ¡Deja las manos quietas!

CEPILLO.- (*Animando a la esposa de Menechmo I*)
Venga, sigue.

MENECHMO I.- ¿Por qué estás enfadada conmigo?

MATRONA.- Tú debes saberlo.

CEPILLO.- Lo sabe, pero el muy carota disimula.

MENECHMO I.- ¿Cuál es el motivo?

MATRONA.- El manto.

MENECHMO I.- ¿El manto?

MATRONA.- Sí, el manto, me han.....

CEPILLO.- (*Interrumpiéndola y dirigiéndose a Menechmo I*) ¿De qué tienes miedo?

MENECHMO I.- Yo no tengo miedo absolutamente de nada.

CEPILLO.- ¡Dice que no! La mención del manto le ha hecho palidecer. Verás cómo nunca más vas a un ban-

quete a escondidas mía. (*Hablándole a la esposa*). Tú sigue contra tu marido.

MENECHMO I.- (*Hablándole a Cepillo aparte*) ¿No te callarás?

CEPILLO.- No, por Hércules, no me voy a callar. (*Hablándole a la esposa*) Me hace señas para que me calle.

MENECHMO I.- ¡Por Hércules! No te hago señas ni guiños de ninguna clase.

CEPILLO.- No hay nada más atrevido que éste, pues niega lo que es evidente.

MENECHMO I.- Te juro por Júpiter y por todos los dioses, esposa, (¿te basta con eso?) que yo no le he hecho señas.

CEPILLO.- Sobre ese tema ya te cree; vuelve a lo otro

MENECHMO I.- ¿A dónde quieres que vuelva?

CEPILLO.- Me parece que al bordador; y trae el manto.

MENECHMO I.- ¿Qué manto es ése?

CEPILLO.- Me callo ya, puesto que (*señalando a la mujer*) ésta no recuerda su propio interés.

MATRONA.- ¡Mujer más desgraciada que yo....!

MENECHMO I.- (*Acercándose cariñoso*) ¿Por qué eres desgraciada? Cuéntamelo. ¿Alguno de los esclavos te ha faltado? ¿Te han replicado los esclavos o esclavas?. Habla. No quedarán sin castigo.

MATRONA.- ¡Bobadas!

MENECHMO I.- Tú estás muy enfadada. Eso no me gusta nada.

MATRONA.- ¡Bobadas!

MENECHMO I.- Sin duda estás enfadada con alguno de los esclavos.

MATRONA.- ¡Bobadas!

MENECHMO I.- Entonces ¿Estás enfadada conmigo?

MATRONA.- Ahora ya no dices bobadas.

MENECHMO I.- Pero yo no te he hecho nada.

MATRONA.- ¡Ea! Ahora de nuevo vuelves a decir bobadas.

MENECHMO I.- (*Acercándose cariñoso*) Dime, esposa, ¿por qué estás enfadada?

CEPILLO.- (*Con tono irónico*) ¡Qué amable! Ahora te hace arrumacos.

MENECHMO I.- (*Hablándole a Cepillo*) ¿Puedes dejar de importunarme? ¿Acaso te estoy hablando a tí?

MATRONA.- (*A Menechmo*) ¡Quita la mano!

CEPILLO.- ¡Así, dale! ¡Ahora, ¡vuelve a hartarte en un banquete, dejándome a mí al margen, y búrlate después de mí ante la puerta borracho y coronado con guirnaldas!

MENECHMO I.- ¡Ésta sí que es buena! Pero si yo no he comido hoy ahí y ni siquiera he puesto un pie en la casa!

CEPILLO.- ¿Lo niegas?

MENECHMO I.- Por supuesto que lo niego, ¡No faltaría más!

CEPILLO.- ¡Qué cara más dura! ¡No hay nadie con tan poca vergüenza como este hombre! ¿No te he visto yo mismo hace poco parado delante de la casa con la guirnalda de flores? ¿No me decías entonces que estaba loco, y negabas conocerme y afirmabas que eras extranjero?

MENECHMO I.- Desde que me separé de ti hace un rato, no he vuelto a casa hasta este momento.

CEPILLO.- ¡Te tengo bien calado! No pensabas tú que yo fuera capaz de vengarme. Pues se lo he contado todo a tu mujer.

MENECHMO I.- ¿Qué le has contado?

CEPILLO.- No lo sé. Pregúntaselo tú mismo a ella.

MENECHMO I.- (*Volviéndose hacia la mujer*) ¿Qué es esto, esposa? ¿Qué te ha contado éste? ¿Qué es ello? ¿Por qué callas? ¿Por qué no me dices lo que sea?

MATRONA.- ¡Cómo si tú no lo supieras! Alguien me ha quitado de casa un manto...

MENECHMO I.- ¿Que te han quitado un manto?

MATRONA.- ¿Y tú me lo preguntas?

MENECHMO I.- ¡Por Pólux, no te lo preguntaría, si lo supiera!

CEPILLO.- ¡Oh hombre malvado, cómo disimula! No puedes ocultarlo. Sabe todo el asunto con pelos y señales. Ten por seguro que yo mismo se lo he contado todo.

MENECHMO I.- ¿Qué es esto?

MATRONA.- Puesto que eres un desvergonzado y no quieres confesarlo por propia voluntad, escucha y presta atención, procuraré que sepas perfectamente por qué estoy enfadada y qué es lo que éste me ha dicho: me han quitado de casa un manto.

MENECHMO I.- ¿Qué me han quitado un manto?

CEPILLO.- ¿Ves cómo quiere liarte, el muy criminal? Se lo han quitado a ella, no a ti. Pues ciertamente, si te la hubieran robado a ti, estaría ahora a salvo.

MENECHMO I.- (*A Cepillo*) No tengo nada que tratar contigo. (*Volviéndose hacia la mujer*) ¿Qué dices tú?

MATRONA.- Digo que me ha desaparecido un manto de casa.

MENECHMO I.- ¿Y quién lo ha robado?

MATRONA.- ¡Por Pólux aquél sabe quién ha sido!

MENECHMO I.- ¿Pues quién es?

MATRONA.- Un tal Menechmo.

MENECHMO I.- ¡Por Pólux, es una acción indigna!
¿Quién es ese Menechmo?

MATRONA.- Pues tú mismo

MENECHMO I.- ¿Yo?

MATRONA.- Tú

MENECHMO I.- ¿Quién me acusa?

MATRONA.- Yo misma.

CEPILLO.- Y yo también. Además se lo regalaste a tu
amiga Erocia.

MENECHMO I.- ¿Que yo se lo regalé?

MATRONA.- Si tú, tú. ¿Quieres que traigamos una
lechuga que diga “tú”, “tú” continuamente? Pues nos-
otros ya estamos cansados.

MENECHMO I.- Por Júpiter y por todos los dioses te
juro, esposa (¿no te basta con este juramento?) que no
se lo he dado.

MATRONA.- Pues nosotros desde luego no mentimos.

MENECHMO I.- Es que yo no se lo regalé, sino que se
lo dejé prestado.

MATRONA.- ¡Por Cástor! Ciertamente a mí no se me
ocurre darle a nadie prestadas tu clámide o tu capa. Lo
lógico es que la mujer preste la ropa de mujer y el
hombre preste la de hombre. ¿Vas a traer de nuevo el
manto a casa?

MENECHMO I.- Lo traeré

MATRONA.- Más te vale hacerlo, pues no volverás a entrar en casa si no regresas con él. Yo me voy ya para dentro.

CEPILLO.- (*Dirigiéndose a la mujer*) ¿Y qué me darás a mí por haberte proporcionado una buena ayuda?

MATRONA.- Ya te devolveré el favor cuando te roben algo de tu casa.

CEPILLO.- En realidad esto no ocurrirá nunca, pues nada hay en mi casa que merezca robarse ¡Que los dioses os maldigan a los dos, marido y mujer! Me voy corriendo al foro: con esta familia ya no tengo nada que hacer

MENECHMO I.- Mi mujer piensa que me hace la pascua poniéndome en la calle; ¡como si no tuviera otro lugar mejor a donde ir! Si no te gusto, tanto que lo siento; sin duda le gusto a Erocía, que no me apartará de su lado, sino más bien me retendrá en casa junto a ella. Ahora iré a su casa y le pediré que me devuelva el manto que le he dado hace un rato; ya le compraré a ella uno mejor. ¡Ah, mira! ¿No es ése el portero? (*Dirigiéndose a él*). Deja abierto y que alguien haga salir a Erocía a la puerta.

ESCENA TERCERA
(*Erocia; Menechmo I*)

EROCIA.- ¿Quién me reclama?

MENECHMO I.- Quien te quiere más que a sí mismo.

EROCIA.- ¡Menechmo mío,! ¿ por qué estás ahí parado delante de la puerta? Pasa dentro.

MENECHMO I.- Espera. ¿Sabes a qué vengo a tu casa?

EROCIA.- Lo sé: a pasar un buen rato conmigo

MENECHMO I.- Me gustaría que me devolvieras el manto aquel que te dí antes. Mi mujer se ha enterado de todo. Luego te compraré uno a tu gusto y que cueste el doble.

EROCIA.- ¡Pero si te lo acabo de dar para que lo lleves al bordador y también un brazalete para que lo llevaras al joyero a que lo reformara!

MENECHMO I.- ¿Que tú me has dado el manto y un brazalete? Nunca has hecho tal cosa, pues yo, después de darte el manto, me marché al foro y acabo de regresar; no te he visto desde entonces hasta ahora mismo.

EROCIA.- (*Indignada*) Ya veo lo que pretendes. Como te he dado esas cosas confiadamente, has visto el camino abierto para quitármelas.

MENECHMO I.- ¡Que no, caramba! No te lo pido para quitártelo. Te estoy diciendo la verdad: mi mujer se ha enterado de todo

EROCIA.- Yo no te pedí que me dieras nada: tú me lo trajiste porque te dio la gana, me lo diste como regalo; ahora me lo reclamas: me aguantaré. Quédatelo, llévatelo, úsalo tú o tu mujer, o mejor guardadlo en el cofre. A partir de este momento no vuelvas a poner los pies dentro de esta casa. Ya que me has despreciado sin ningún motivo, no podrás pasar el rato conmigo nunca más, a no ser que traigas dinero. ¡Busca ahora a otra de la que burlarte!

MENECHMO I.- ¡Por Hércules! ¡Qué enfado has pillado! ¡Eh tú, a ti te digo, espera, vuelve! ¿No te vas a parar? Se ha ido para dentro y ha cerrado la puerta. Ahora sí que la he hecho buena: me he quedado fuera de todas partes. Ya no tengo crédito alguno ni en mi casa ni en la de mi amiga. Iré y consultaré a mis amigos; a ver qué piensan ellos que debo hacer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA (*Menechmo II; Matrona*)

MENECHMO II.- He cometido una grandísima estupidez al confiar a Mesenión la bolsa con el dinero. Me parece que debe estar metido en un garito por alguna parte.

MATRONA.- Me adelantaré a ver cuánto tarda en volver a casa mi marido. Pero, ahí llega. Trae el manto, estoy salvada.

MENECHMO II.- Me pregunto por dónde andará Mesenión.

MATRONA.- (*Enfadada*) Me acercaré y lo recibiré con las palabras que se merece. ¿No te da vergüenza presentarte ante mí con ese adorno, desecho de la humanidad?

MENECHMO II.- (*Sorprendido*) ¿Qué pasa? ¿Qué asunto te preocupa, mujer?

MATRONA.- ¿Todavía te atreves a decir palabras entre dientes y a responderme, sinvergüenza?

MENECHMO II.- ¿Y qué he hecho yo para no atreverme a hablar?

MATRONA.- ¿Y me lo preguntas? ¡Hombre de desvergonzado atrevimiento!

MENECHMO II.- Mujer ¿No sabes tú por qué motivo los griegos decían que Hécuba⁸ era una perra?

MATRONA.- Pues no, no lo sé.

MENECHMO II.- Porque ella hacía exactamente lo mismo que tú haces ahora: lanzaba toda clase de improperios a cualquiera que la miraba. Y así comenzaron a llamarla, y con razón, perra.

MATRONA.- Yo no puedo soportar más tus infamias. Preferiría pasar el resto de mi vida sola que volver a sufrir las barbaridades que haces.

MENECHMO II.- ¿Y qué me importa a mí que tú puedas soportar seguir casada o que estés dispuesta a divorciarte? ¿O es una costumbre de aquí ir contándole historias al primer extranjero que uno se encuentra?

MATRONA.- ¿De qué historias hablas? Te lo aseguro, en adelante no pienso soportarlo. Viviré sola antes que aguantar tus costumbres.

MENECHMO II.- ¡Vaya! Por lo que a mí respecta puedes vivir sola hasta el fin del reinado de Júpiter.

MATRONA.- Hace un rato negabas que me hubieras quitado el manto ese que ahora tienes ahí, delante de mis ojos. ¿No te da vergüenza?

⁸ Hécuba era la esposa del rey de Troya, Príamo, y madre de Paris.

MENECHMO II.- ¡Eh, eres una mujer muy desvergonzada y perversa! ¿Te atreves a decir que te he robado a ti este manto que me dio otra mujer para llevarlo a arreglar?

MATRONA.- Esto no puede ser. Llamaré a mi padre y lo pondré al día de tus canalladas. (*Llamando a un esclavo*) ¡Deción! ve a buscar a mi padre y tráelo aquí contigo: le dirás que es absolutamente necesario que venga. (*A Menechmo II*) Yo le descubriré todas tus fechorías.

MENECHMO II.- ¿Estás loca? ¿De qué fechorías hablas?

MATRONA.- Quitas de la casa a tu esposa un manto y un brazalete y se lo llevas a tu amiga. ¿Te parece que hablo claro?

MENECHMO II.- ¡Por Hércules! Mujer, haz el favor de decirme, si lo sabes, qué puedo beber para poder aguantar tu insolencia. No sé qué hombre piensas tú que soy; pero yo a ti desde luego te conocí al mismo tiempo que a Portaón⁹.

MATRONA.- Ciertamente te burlarás de mí, pero, ¡por Pólux!, no puedes burlarte de mi padre que viene por allí. ¿No lo ves? ¿Lo reconoces?

⁹ Personaje mitológico prácticamente desconocido: es el padre de Eneo, padre de Deyanira que fue la esposa de Hércules.

MENECHMO II.- Lo conocí al mismo tiempo que a Calcante¹⁰. El mismo día os vi a los dos, a ti y a él, antes de hoy.

MATRONA.- ¿Dices que no me conoces? ¿Dices que no conoces a mi padre?

MENECHMO II.- Lo mismo diría, ¡por Hércules!, si me trajeras a tu abuelo.

MATRONA.- Por Cástor, te estás comportando según tu costumbre.

ESCENA SEGUNDA

(Anciano; Matrona; Menechmo II)

ANCIANO.- En la medida en que mi edad lo permite y las circunstancias lo aconsejan, apretaré el paso, me daré prisa. Pero no os miento al deciros cuán difícil me resulta. Me falta agilidad: la vejez me impide moverme bien, me pesa el cuerpo, me han abandonado las fuerzas. ¡Así de mala es la vejez! Es ciertamente una mala mercancía. Cuando llega, trae innumerables desgracias: si las tuviera que enumerar todas, sería un discurso bien largo. Pero hay un asunto que me causa una gran preocupación: ¿qué pasará? ¿Por qué me hará venir mi hija de repente con tanta precipitación? Y no se me ha informado de qué pasa, qué quiere y por qué

¹⁰ Es un personaje mitológico del ciclo troyano: el anciano adivino oficial de los griegos en la guerra de Troya.

me llama. Pero la verdad es que yo sé, chispa más o menos, de lo que irá la cosa. Supongo que habrá surgido alguna discusión con su marido. Ellas suelen ser así y desean que los maridos se acomoden a ellas, confiadas en sus dotes, feroces. Por otra parte tampoco ellos están totalmente libres de culpa. También se debe poner un límite a lo que ha de soportar una esposa. Y no, por Pólux, mi hija no haría venir a su padre a casa, a no ser que alguna falta u ofensa lo justificara. Pero lo que quiera que sea lo voy a averiguar ahora mismo. Mira, es ella misma que está delante de su casa y veo a su marido al lado cabizbajo. Es lo que yo me imaginaba. La llamaré.

MATRONA.- Voy a su encuentro. (*Dirigiéndose hacia el anciano*) ¡Salud, padre mío!

ANCIANO.- ¡Salud! ¿Estás bien? ¿Tienes algún motivo de disgusto para hacerme venir tan apresuradamente? ¿Por qué estás enfadada? (*Señalando a Menechmo*) ¿Y él, por qué se aleja de ti enfadado? No sé qué cuestión ha surgido entre vosotros dos. Habla, ¿quién de los dos tiene la culpa? En pocas palabras, no hay necesidad de largos discursos.

MATRONA.- Yo en ningún momento he cometido falta alguna: es lo primero que tengo que decirte, padre. Verdaderamente no me es posible seguir viviendo aquí y no puedo aguantar más de esta forma. Por esto quiero que me saques de esta casa y me lleves contigo.

ANCIANO.- ¿Con qué motivo?

MATRONA.- Soy objeto de burla, padre.

ANCIANO.- ¿Por parte de quién?

MATRONA.- Por parte de aquel a quien me confiaste, mi marido.

ANCIANO.- ¡He aquí la disputa! ¿Cuántas veces te advertí de que os guardárais muy mucho uno y otro de venirme con quejas?

MATRONA.- ¿Cómo puedo evitarlo, padre mío?

ANCIANO.- ¿Me preguntas de verdad?

MATRONA.- A no ser que no quieras....

ANCIANO.- ¡Cuántas veces te he hecho ver que debes adaptarte a tu marido, que no andes investigando qué hace, a dónde va, qué pretende!

MATRONA.- ¡Pero es que visita continuamente a la cortesana de ahí al lado!

ANCIANO.- Y hace muy bien. Y estoy seguro que a causa de ese comportamiento tuyo la visitará más todavía.

MATRONA.- Y bebe en su casa.

ANCIANO.- ¿Y piensas que por darte gusto va a beber menos, si le gusta hacerlo allí o en otra parte? ¿Qué desvergüenza es ésta? Podrías prohibirle ir a cenar a casa de alguien o bien invitar a alguien en su casa. ¿Propones acaso que tu marido esté a tu servicio?

¿Propones también encomendarle una tarea, le ordenarás acaso sentarse entre las esclavas y cardar la lana?

MATRONA.- Según parece, padre, no te hecho venir para que me defiendas a mí, sino a mi marido. Debes estar de esta parte (*señalandose a si misma*), pero defiendes la causa de la parte contraria.

ANCIANO.- Si él ha cometido alguna falta, lo acusaré con más fuerza de la que te acabo de acusar a ti. Pero, puesto que te tiene bien enjoyada y vestida, y te proporciona abundantemente caprichos y esclavas, bien harías, mujer, en adoptar una buena actitud.

MATRONA.- Pero es que él me saca de las arcas el oro y los mantos; me roba y a escondidas le lleva mis adornos a las cortesanas.

ANCIANO.- Hace mal, si de verdad hace eso que dices; pero si no lo hace, eres tú la que haces mal acusando a un inocente.

MATRONA.- ¡Pero si todavía ahora tiene el manto, padre, y el brazalete, que le había llevado a ella! Me lo trae ahora, porque me he enterado de todo.

ANCIANO.- Voy a averiguar cómo ha ocurrido. (*Dirigiéndose a Menechmo*) Me acercaré y le hablaré. Dime, Menechmo, para que yo me entere de una vez: ¿por qué habéis discutido? ¿por qué estás tú enfadado y ella se aleja de ti ofendida?

MENECHMO II.- Quienquiera que seas, anciano, y cualquiera que sea tu nombre, yo pongo al todopoderoso Júpiter y a todos los dioses por testigos....

ANCIANO.- ¿De qué?

MENECHMO.- De que yo no le he hecho mal alguno a esa mujer que me acusa de haber cogido éste (*mostrando el manto*) de su casa y habérmelo llevado. Si yo he puesto alguna vez los pies dentro de la casa en la que ella vive, deseo ser el más desgraciado de todos los hombres desgraciados.

ANCIANO.- ¿Estás en tus cabales para desear eso y decir que no has puesto el pie en la casa en la que vives, loco de atar?

MENECHMO II.- (*Señalando la casa de Menechmo I*)
¿Estás diciendo, anciano, que yo vivo en esa casa de allí?

ANCIANO.- ¿Acaso lo niegas?

MENECHMO II.- Por supuesto que lo niego.

ANCIANO.- ¿Cómo puedes negarlo? A no ser que durante esta noche os hayais mudado. (*Volviéndose hacia la mujer*) A ver, hija mía, ven para acá. ¿Qué dices tú? ¿Habéis cambiado de casa?

MATRONA.- ¿A dónde y por qué motivo? Dímelo.

ANCIANO.- Yo soy el menos indicado para saberlo.

MATRONA.- Se está burlando de ti. ¿No te das cuenta?

ANCIANO.- Ciertamente. Bueno, Menechmo, ya te has divertido bastante. Ahora compórtate con sensatez.

MENECHMO II.- Respóndeme, por favor ¿qué tengo yo que ver contigo? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? ¿Y quién es esa mujer que está empeñada en importunarme de cualquier modo?

MATRONA.- ¿Te das cuenta de cómo se le ponen verdes los ojos? Mira cómo se extiende el color verde desde las sienes y la frente y cómo le brillan los ojos.

MENECHMO II.- (*Aparte*) ¿No será mejor que, puesto que ellos afirman que estoy loco, aparente que lo estoy para alejarlos de mí?

MATRONA.- ¡Cómo se despereza bostezando! ¿Qué voy a hacer ahora, padre mío?

ANCIANO.- Aléjate de aquí, vete lo más lejos posible de éste.

MENECHMO II.- (*Haciendo gestos enloquecidos*) ¡Evohé Baco! ¡Evohé Bromio!, ¿Hacia qué bosque me llevas a cazar? Te oigo, pero no puedo irme de este lugar. Desde la izquierda me vigila como una perra rabiosa esa mujer, del otro lado me vigila ese chivo que muchas veces a lo largo de su vida ha buscado la ruina a algún ciudadano inocente con su falso testimonio.

ANCIANO.- ¡Desgraciado de ti!

MENECHMO II.- He aquí que Apolo por medio de su oráculo me ordena que abraze sus ojos con lámparas ardientes.

MATRONA.- ¡Pobre de mí! Amenaza con quemarme los ojos, padre mío

MENECHMO II.- (*Aparte*) ¡Ay de mí! Dicen que estoy loco, pero de verdad son ellos los que parecen haber enloquecido.

ANCIANO.- ¡Ay, hija!

MATRONA.- ¿Qué pasa? ¿Qué hacemos?

ANCIANO.- ¿Y si hago venir algunos esclavos? Iré y me traeré algunos para que lo cojan y lo mantengan atado en casa, antes de que organice un tumulto aún mayor.

MENECHMO II.- (*Aparte*) Estoy en un buen lío: si no se me ocurre algo, estos me llevarán a su casa. (*Elevando la voz y como si hablara con Apolo*) Me ordenas que le golpee la cara con mis puños sin respeto alguno, a no ser que se aparte de mí y se vaya al diablo. Haré lo que mandas, Apolo.

ANCIANO.- (*Dirigiéndose a la mujer*) Huye a casa en cuanto puedas, no sea que te golpee.

MATRONA.- Me voy. Pero, por favor padre, vigílalo para que no se vaya de aquí. ¿No soy acaso una desgraciada, yo que tengo que oír estas barbaridades?

MENECHMO II.- (*Aparte, en voz baja*) Con habilidad me he librado de ella. (*Alzando de nuevo la voz*) ¿Me ordenas ahora que a este sucio anciano, a este tembloroso Titono, que se vanagloria de su padre Cigno, le rompa los miembros, los huesos y las articulaciones con ese mismo bastón que lleva?

ANCIANO.- (*Con gesto amenazante*) Pobre de ti, si me tocas o si tan sólo se te ocurre acercarte.

MENECHMO II.- Haré lo que mandas; cogeré un hacha de doble filo, y a este anciano le alisaré en astilla las vísceras hasta los huesos.

ANCIANO.- Debo tomar medidas y poner cuidado; tengo miedo fundado de que, como amenaza, me haga daño.

MENECHMO II.- Muchas cosa me ordenas, Apolo: ahora me mandas uncir unos caballos salvajes, feroces y subir al carro para aplastar a este león viejo, maloliente y desdentado. Ya estoy en el carro, ya cojo las riendas, ya tengo el látigo en la mano. Corred caballos, haced que suene el fragor de las pezuñas, doblad vuestras ágiles patas en una rápida carrera.

ANCIANO.- ¿Tú me amenazas ahora con caballos uncidos?

MENECHMO II.- De nuevo me ordenas, Apolo, atacar a este viejo que permanece aquí quieto y matarlo. Pero (*volviéndose y ofreciendo resistencia*) ¿quién me obliga a bajar del carro cogiéndome por el cabello? Él cambia la orden y el mandato de Apolo.

ANCIANO.- ¡Eh, por Hércules, qué enfermedad más dura y cruel! ¡Poderosos dioses, protegednos! Éste, que ahora está fuera de sí, estaba sano hace un momento; le sobrevino de repente esta terrible enfermedad. Iré y traeré al médico lo más pronto posible.

ESCENA TERCERA
(*Menechmo II; Anciano*)

MENECHMO II.- ¡Gracias a los dioses! Por fin los he perdido de vista ¿quiénes serán éstos que me han obligado a la fuerza a hacerme el loco? ¿A qué espero para salir corriendo hasta el barco, mientras puedo hacerlo sano y salvo? (*Dirigiéndose a los espectadores*) A todos vosotros os suplico que, si volviera el viejo, no le digáis que me he ido por esta calle de aquí

ANCIANO.- Me duelen los riñones de estar sentado, los ojos de mirar, esperando a que el médico regrese de sus visitas. ¡Hombre más pelma! ¡Lo que tarda en venir de casa de sus pacientes! Además cuenta cosas como que le ha vendado una pierna rota a Esculapio, o un brazo a Apolo. Ahora que lo pienso, no sabría decir si llevo a un médico o a un artesano. Bueno, finalmente asoma por ahí. (*Metiéndole prisa al médico*) Aligera ese paso de hormiga.

ESCENA CUARTA

(Médico; Anciano)

MÉDICO.- ¿Qué enfermedad habías dicho que tiene?
Dime, viejo, ¿Está acaso embrujado o demente? ¿Lo
embarga la demencia o la hidropesía?

ANCIANO.- ¡Para eso te llevo junto a él, para que nos
digas lo que le pasa y lo cures!

MÉDICO.- Eso es ciertamente facilísimo. Se pondrá
bien, te doy mi palabra.

ANCIANO.- Quiero que sea atendido con el mayor cui-
dado.

MÉDICO.- ¡Bien! Yo suspiraré más de seiscientas veces
al día. Así te lo trataré con gran cuidado.

ANCIANO.- ¡Míralo, ahí lo tienes! Observemos lo que
hace.

ESCENA QUINTA

(Menechmo I; Anciano; Médico)

MENECHMO I.- *(Hablando solo)* ¡Por Pólux, hoy todo
me sale mal y se vuelve en mi contra! Todo lo que
tenía pensado hacer a escondidas, absolutamente todo
lo ha publicado mi parásito, que me ha llenado de ver-
güenza y de temor; ese Ulises particular mío que ha
atraído una desgracia tan grande a su rey. Pero con
toda seguridad a este hombre, si vivo para contarlo, yo
mismo le voy a quitar su vida. ¡Estúpido de mí que

digo que es suya cuando verdaderamente es mía! ¡Se ha criado con mi comida y a mi costa! Lo voy a matar. También mi amiga, la cortesana, se ha comportado convenientemente, como es propio de una cortesana; cuando le pido el manto para llevárselo de nuevo a mi esposa, me dice que ya me lo ha dado! ¡Ay por Pólux! Soy un hombre verdaderamente desgraciado.

ANCIANO.- (*Hablándole al médico*) ¿Oyes lo que dice?

MÉDICO.- Dice que es desgraciado.

ANCIANO.- Quisiera que te acercaras a él.

MÉDICO.- (*Acercándose a Menechmo I*) ¡Salud, Menechmo! ¿Por qué te descubres el brazo? ¿No sabes que con eso agravas tu enfermedad?

MENECHMO I.- ¿Por qué no vas a colgarte?

ANCIANO.- (*Aparte al médico*) ¿Te das cuenta?

MÉDICO.- (*Respondiéndole al anciano*) ¿Cómo no voy a dármela? Una fanega de heléboro no sería suficiente. (*Hablándole a Menechmo I*) Pero ¿qué estás diciendo, Menechmo?

MENECHMO I.- ¿Qué quieres?

MÉDICO.- Respóndeme a una pregunta: ¿bebes vino blanco o tinto?

MENECHMO I.- ¿Por qué no te vas al infierno?

MÉDICO.- Ya comienza a desvariar de nuevo...

MENECHMO I.- ¿Por qué no me preguntas si suelo comer pan rojo, morado o amarillo? ¿o bien si suelo comer aves con escamas o peces con alas?

ANCIANO.- ¡Oh! ¿Oyes qué locuras dice? ¿Por qué no le das alguna pócima antes de que se vuelva loco del todo?

MÉDICO.- Espera un poco, todavía debo preguntarle otras cosas.

ANCIANO.- Me matas con tanto hablar.

MÉDICO.- (*A Menechmo I*) Contéstame a esto: ¿se te ponen a veces los ojos duros?

MENECHMO I.- ¿Cómo? ¿Piensas acaso que soy una langosta, estúpido?

MÉDICO.- Dime: ¿has notado si algunas veces te sueñan las tripas?

MENECHMO I.- Cuando estoy lleno, no me sueñan; cuando tengo hambre, entonces me sueñan.

MÉDICO.- Ahora no me está contestando como un loco, ¡por Pólux! ¿Duermes hasta el amanecer? ¿Te resulta fácil coger el sueño al acostarte?

MENECHMO I.- (*Con ironía*) Duermo bien si he devuelto el dinero a quien se lo debo (*Cambiando a un tono amenazante*) ¡Que Júpiter y todos los dioses te confundan, preguntón!

MÉDICO.- (*Hablándole al viejo*) Ya comienza a desvariar: fíjate en esas palabras.

ANCIANO.- Pues ahora es un Néstor, en comparación con lo que ha dicho hace poco; hace un rato decía que su esposa era una perra rabiosa.

MENECHMO I.- ¿Cómo? ¿Yo?

ANCIANO.- Hablaste como un loco, lo afirmo

MENECHMO I.- ¿Yo?

ANCIANO.- Precisamente tú, que me amenazaste también a mí con derribarme valiéndote de unos caballos uncidos al carro. Yo mismo te he visto hacer esas cosas y yo mismo te acuso de ellas.

MENECHMO I.- Y yo sé que tú has robado la sagrada corona de Júpiter, y que por ese motivo has acabado en prisión; y sé que, cuando saliste, fuiste golpeado con el látigo y puesto bajo el yugo; sé también que has matado a tu padre y vendido a tu madre. ¿Es ya suficiente para responder injurias por injurias como haría una persona cuerda ?

ANCIANO.- ¡Por Hércules! Apresúrate, médico, haz lo que tengas que hacer. ¿No ves que este hombre está loco de atar?

MÉDICO.- ¿Sabes qué es lo mejor que podemos hacer? Haz que lo lleven a mi casa.

ANCIANO.- ¿Eso crees?

MÉDICO.- ¿Por qué no? Allí podré tratar a este hombre según mi criterio

ANCIANO.- Sea como quieres.

MÉDICO.- (*Dirigiéndose a Menechmo I*) Haré que bebas heléboro unos veinte días

MENECHMO I.- Y yo te colgaré y te azotaré durante treinta días.

MÉDICO.- (*Dirigiéndose al anciano*) Ve, llama a algunos hombres para que me lo lleven a mi casa.

ANCIANO.- ¿Cuántos harán falta?

MÉDICO.- En el estado de locura en que está, cuatro, por lo menos.

ANCIANO.- Ahora mismo están aquí; vigílalo bien mientras, médico.

MÉDICO.- Iré inmediatamente a mi casa para que preparen todo lo necesario. Tú ordena a los esclavos que me lo lleven.

ANCIANO.- Haré que esté allí en un momento.

MÉDICO.- Me voy

ANCIANO.- Adiós.

MENECHMO I.- Se ha ido mi suegro, se ha ido también el médico, ahora estoy solo. ¡Por Júpiter! ¿por qué se empeñan estos hombres en decir que estoy loco?, si, desde que nací, no he estado enfermo ni un solo día. Ni yo cometo locuras ni inicio broncas y peleas. Como un hombre sano veo a otros hombres sanos, reconozco a las personas, les hablo. ¿Acaso ellos dicen por error

que yo estoy loco y son ellos los que lo están? ¿Qué voy a hacer ahora? Quiero ir a mi casa: mi mujer no me lo permite. (*Señalando la casa de Erocía*) Aquí nadie me admite. ¡Qué mala suerte! Me quedará aquí de momento, al anochecer quizá, según creo, pueda entrar en casa.

ESCENA VI

(*Mesenión; Menechmo I*)

MESENIÓN.- La prueba de que un esclavo es honrado, de que se preocupa de los intereses de su señor, de que vela por ellos, de que se consagra a su cuidado y piensa en ellos, es precisamente que, estando el señor ausente, los defiende con diligencia, como cuando éste está presente o todavía mejor. Si tiene la cabeza en su sitio, el esclavo debe dar más valor a su espalda que a su boca, a sus piernas que a su estómago. Deben recordar qué premio dan los señores a los esclavos que no hacen nada, perezosos y malos: azotes, cadenas, ruedas de molinos, agotamiento, hambre, el duro frío. Éste es el premio de la pereza. Ésta es la desgracia que yo temo especialmente: precisamente por este motivo prefiero sin lugar a dudas ser bueno que malo; aguantando muy fácilmente las órdenes, en cambio no soporto los azotes. Y me gusta mucho más comer el trigo molido que ofrecérselo molido a otros. Por este motivo obedezco la orden de mi señor, la cumplo con atención y con calma, y esta conducta me va bien. Que otros

sean tal como piensen que les conviene: yo por mi parte seré como creo que es más conveniente para mí. Seré precavido, me abstendré de cometer faltas, estaré siempre al alcance de la mano. [Los siervos que temen aunque no hayan cometido falta alguna, suelen ser útiles a sus señores. Aquellos que no temen nada, terminan por sentir temor cuando han cometido una falta] No pasaré miedo ya por mucho tiempo. Está cerca el momento en que mi señor me dará mi premio por mis servicios. Yo sirvo a mi señor de la forma que me parece más conveniente para mi espalda.

Como me había ordenado, he regresado después de dejar las bolsas y los esclavos en la posada. (*Acercándose a la casa de Erocía*) Ahora llamaré a la puerta para advertirle que ya estoy aquí para sacarlo de este lugar peligroso libre de daño. Pero tengo miedo de haber llegado tarde, cuando ya se ha terminado el combate.

ESCENA SÉPTIMA

(*Anciano; Menechmo I; Mesenión*)

ANCIANO.- (*Hablándole a unos esclavos que entran en escena con él*) Por los dioses y por los hombres os digo que prestéis atención a mis órdenes, a lo que he ordenado antes y a lo que ordeno ahora: cogedlo en peso y llevad inmediatamente a ese hombre hasta la misma casa del médico, a no ser que no tengáis en ninguna estima vuestras piernas y vuestras costillas. ¿Os reti-

ráis porque os amenaza? No le hagáis ningún caso, ¿por qué permanecéis ahí parados? ¿por qué dudáis? Es necesario llevarlo a la casa del médico, aunque sea a rastras. Iré yo delante: estaré allí cuando lleguéis.

MENECHMO I.- (*Aparte*) ¡Estoy perdido! ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué aquellos hombres vienen corriendo hacia mí? (*A los esclavos que intentan agarrarlo*) ¿Qué queréis vosotros? ¿Por qué me buscáis? ¿Por qué me rodeáis? ¿Hacia dónde me arrastráis? ¿A dónde me lleváis? (*Gritando*) Estoy perdido, ¡por vuestra fe, Epidanienses, os lo suplico! ¡socorredme! (*Dirigiéndose de nuevo a los que se lo quieren llevar*) ¿Por qué no me dejáis?

MESENIÓN.- (*Dándose cuenta de lo que le está sucediendo a Menechmo I*) ¡Por lo dioses inmortales! ¿Qué ven mis ojos? ¡No sé quiénes se llevan a mi señor en peso de mala manera!

MENECHMO I.- ¿Es que nadie se atreve a prestarme ayuda?

MESENIÓN.- (*Corriendo hacia él*) Yo, amo, y con todas mis fuerzas. (*Enfrentándose con los esclavos*) ¡Oh crimen indigno y malvado, ciudadanos de Epidamno, atacar a mi señor, que ha llegado hasta vosotros como un hombre libre, a plena luz, en la calle y en una ciudad en paz! ¡Soltadlo!

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose a Mesenión*) Te suplico, quienquiera que seas, que me ayudes y no permitas

que impunemente se cometa contra mí una injusticia tan grande.

MESENIÓN.- Por supuesto que te prestaré ayuda y te defenderé y te socorreré diligentemente. Nunca consentiré que tú perezcas ¡antes pereceré yo! ¡ Por lo que más quieras, amo, arráncale el ojo a ése que te tiene cogido por el hombro. (*Golpeando a los esclavos*) A éstos yo les sembraré la cara de golpes con los puños. (*Continuando con los golpes*) ¡Por Hércules, pagaréis caro hoy vuestro intento de llevaros a éste! ¡Soltadlo!

MENECHMO I.- Ya tengo agarrado a éste por el ojo.

MESENIÓN.- ¡Deja un hueco en lugar del ojo! ¡Criminales, ladrones, bandidos!

ESCLAVOS.- (*Asustados*) ¡Por Hércules, estamos perdidos!

MESENIÓN.- ¡Pues soltadlo!

MENECHMO I.- (*A los esclavos mientras los golpea*) ¿Por qué me habéis puesto la mano encima? (*Hablando con Mesenión*) ¡Dale un buen puñetazo!

MESENIÓN.- (*Golpeando todavía*) ¡Ea marchaos de aquí, idos con todos los demonios! (*Dándole un último golpe a uno*) ¡Toma todavía esto para ti! Llevarás este premio por ser el último en marcharte. ¡Qué bien les he medido la cara! ¡Por Pólux, amo, he llegado justo a tiempo de prestarte ayuda!

MENECHMO I.- ¡Que los dioses te colmen de bendiciones siempre, joven, seas quien seas! Pues, si no hubiera sido por ti, no hubiera llegado hoy al final del día.

MESENIÓN.- Pues, por Pólux, amo, si obré bien ¡concédeme la libertad!

MENECHMO I.- (*Asombrado*) ¿Que yo te dé la libertad?

MESENIÓN.- Claro, amo, ya que te he salvado.

MENECHMO I.- ¿Qué dices, joven? Estás equivocado

MESENIÓN.- ¿Por qué estoy equivocado?

MENECHMO I.- Te juro por el padre Júpiter que yo no soy tu amo.

MESENIÓN.- ¿Por qué dices eso?

MENECHMO I.- No miento, mi esclavo nunca haría por mí lo que has hecho tú.

MESENIÓN.- Entonces, si niegas que yo sea tu esclavo, deja que me vaya libre.

MENECHMO I.- Por lo que a mi respecta puedes quedar libre e ir donde quieras.

MESENIÓN.- ¿De modo que lo ordenas así?

MENECHMO I.- Por Hércules, si tengo algún poder sobre ti, lo ordeno.

MESENIÓN.- ¡Saludos, patrón mío! (*Fingiendo un diálogo con amigos*) Me alegro de que seas libre, Mesenión.

Yo os creo (*Dirigiéndose de nuevo a Menechmo I*). Patrono, te suplico que sigas contando conmigo como cuando era tu esclavo. Viviré en tu casa y, cuando vuelvas a nuestra ciudad, volveré contigo.

MENECHMO I.- (*Aparte*) ¡Eso ni pensarlo!

MESENIÓN.- Ahora iré a la posada, te traeré el equipaje y el dinero. La bolsa con el dinero del viaje está bien guardada en la maleta. Yo te la traigo inmediatamente.

MENECHMO I.- Hazlo pronto.

MESENIÓN.- Te lo devolveré a salvo tal como me lo diste. Espera aquí.

MENECHMO I.- Ciertamente hoy me ocurren cosas verdaderamente asombrosas: unos niegan que yo sea quien soy y me echan, mientras este joven, mi salvador, a quien yo he dado la libertad, decía que era mi esclavo y que me va a traer una bolsa con dinero. Si lo trae, le diré que se vaya como un hombre libre lejos de mí a donde quiera, para que no me pida el dinero, cuando recupere la cordura. Mi suegro y el médico decían que yo estaba loco. Sea lo que sea, es asombroso. Todo esto me parece un sueño. Ahora entraré en casa de la cortesana, aunque esté enfadada conmigo. A ver si puedo conseguir a fuerza de súplicas que me devuelva el manto, para llevarlo a mi casa.

ESCENA VIII

(Menechmo II; Mesenión)

MENECHMO II.- *(Hablando enfadado con Mesenión)*

¡Cómo! ¿Tienes acaso la desfachatez de decir, sinvergüenza, que yo he estado contigo después del momento en que te ordené que vinieras más tarde a buscarme?

MESENIÓN.- Por supuesto, te he liberado hace un momento, cuando cuatro hombres te llevaban en peso, aquí mismo, junto a esta puerta. Tú pedías a gritos la ayuda de todos los dioses y los hombres, entonces yo acudí corriendo y, utilizando la fuerza y a puñetazos limpios, te liberé. Por este motivo, precisamente por haberte salvado, me concediste la libertad. Pero cuando te dije que iba buscar tu dinero y tu equipaje, corriste lo más rápido posible a mi encuentro para negar todo lo ocurrido.

MENECHMO II.- ¿Qué yo te concedí la libertad?

MESENIÓN.- Cierto.

MENECHMO II.- Esto sí que es más que cierto: antes me convierto yo mismo en esclavo que permitir que tú seas libre.

ESCENA IX

(Menechmo I; Mesenión; Menechmo II)

MENECHMO I.- *(Saliendo de casa de Erocía y dirigiéndose a ésta que está tras la puerta)* Aunque lo jures por las niñas de tus ojos, descarada, en modo

alguno me convencerás de que me he llevado hoy de aquí el manto y el brazalete.

MESENIÓN.- (*Mirando a Menechmo I con asombro*)
¡Por los dioses inmortales! ¿Qué es lo que estoy viendo?

MENECHMO II.- ¿Qué ves?

MESENIÓN.- (*Respondiéndole*) Tu imagen como si fuera en un espejo.

MENECHMO II.- (*Sin darse cuenta de la presencia de Menechmo I y extrañado del comportamiento de Mesenión*) ¿Qué es lo que te pasa?

MESENIÓN.- (*Señalando a Menechmo I*) Es tu vivo retrato. No puede parecerse a ti más de lo que se parece.

MENECHMO II.- (*Examinando detenidamente a Menechmo I*) ¡Toma, pues es verdad! Se me parece bastante. Reconozco mis propios rasgos.

MENECHMO I.- (*Dirigiéndose a Mesenión*) ¡Hola joven! Seas quien seas, hoy me has salvado la vida.

MESENIÓN.- (*Hablándole a Menechmo I*) Joven, por favor, dime tu nombre, si no te causa molestia.

MENECHMO I.- ¡Faltaría más! No te has merecido con tu comportamiento que me moleste contestarte a lo que quieras. Mi nombre es Menechmo.

MENECHMO II.- (*Sorprendiéndose*) ¡Por Polux! También el mío.

MENECHMO I.- Soy siciliano, de Siracusa.

MENECHMO II.- (*Sin salir de su asombro*) ¡Esa es también mi patria y mi ciudad!

MENECHMO I.- ¿Qué es lo que estás diciendo?

MENECHMO II.- La pura verdad.

MESENIÓN.- (*Acercándose a Menechmo I*) Ciertamente reconozco a éste: es mi dueño. Yo soy su esclavo, pero me creí que lo era de ese otro (*señalando a Menechmo II*) y le he causado molestias. (*Hablándole ahora a Menechmo II*) Te ruego que me perdones si he sido ignorante o descarado al hablarte.

MENECHMO II.- (*A Mesenión*) Me parece que estás desvariando: ¿no te acuerdas de que justamente hoy has desembarcado conmigo?

MESENIÓN.- Tienes razón, dices la verdad. (*Dirigiéndose a Menechmo II con aire confuso*) Entonces tú eres mi amo; (*a Menechmo I*) tú, búscate un esclavo. (*Volviéndose alternativamente a uno y otro*) A ti te saludo, amo; de ti me despido. (*Acercándose a Menechmo II y quedándose junto a él*) Yo afirmo que éste es Menechmo.

MENECHMO I.- Y yo afirmo que lo soy yo.

MENECHMO II.- ¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué tú eres Menechmo?

MENECHMO I.- Por supuesto que lo soy, y mi padre es Mosco.

MENECHMO II.- ¿Que tú eres hijo de mi padre?

MENECHMO I.- (*Con paciencia*) ¡Claro que no, joven!
Soy hijo del mío, al tuyo ni me lo apropio ni te lo quito.

MESENIÓN.- (*Aparte*) ¡Cielo santo, qué idea! Dioses, haced que sea cierto lo que sospecho! Pues, si no me engaño, estos dos son hermanos gemelos, ya que los dos reclaman para sí la misma patria y el mismo padre. Hablaré aparte con mi señor. ¡Eh, Menechmo!

MENECHMO I y MENECHMO II.- (*Al mismo tiempo*)
¿Qué quieres?

MESENIÓN.- No os necesito a los dos. A ver, ¿quién de vosotros ha desembarcado hoy conmigo?

MENECHMO I.- Yo no

MENECHMO II.- En cambio yo sí.

MESENIÓN.- (*Dirigiéndose a Menechmo II*) Pues entonces es contigo con quien quiero hablar. Apártate un poco conmigo.

MENECHMO II.- Ya me he apartado. ¿Qué pasa?

MESENIÓN.- O ese hombre es un farsante o es tu hermano gemelo, pues yo en mi vida he visto una persona más igual a otra. Os parecéis como dos gotas de agua o de leche. Hazme caso: no hay nada más semejante a ti que éste, y nada más semejante a él que tú; además dice que su patria y su padre son los mismos que los tuyos. Deberíamos acercarnos y preguntarle.

MENECHMO II.- ¡Buen consejo me das y digno de agradecimiento, por Hércules! Sigue tus averiguaciones, por favor; si pruebas que éste es mi hermano, serás un hombre libre.

MESENIÓN.- Lo espero de verdad.

MENECHMO II.- Yo también espero que sea así.

MESENIÓN.- (*Llamando la atención de Menechmo I y dirigiéndose a él*) Escucha un momento. Tú habías dicho, creo recordar, que te llamas Menechmo.

MENECHMO I.- Eso es.

MESENIÓN.- (*Señalando a Menechmo II y hablando con Menechmo I*) Éste también se llama Menechmo. Has dicho hace un momento que habías nacido en Sicilia, y éste también ha nacido allí. También has dicho que tu padre fue Mosco: igualmente lo fue de éste. (*Dirigiéndose ahora a los dos*) Ahora los dos podéis ayudarme a mí y al mismo tiempo ayudaros vosotros.

MENECHMO I.- Te has ganado que te conceda lo que me pidas. Estoy dispuesto a servirte como si me hubieras comprado con dinero.

MESENIÓN.- Tengo la esperanza de descubrir que los dos sois hermanos gemelos, nacidos el mismo día de la misma madre y el mismo padre.

MENECHMO I.- Eso que dices es asombroso. ¡Ojalá puedas conseguirlo!

MESENIÓN.- Seguro que puedo. Pero ahora contestadme los dos a lo que os pregunto.

MENECHMO I.- Pregunta cuando quieras: contestaré todo lo sepa , sin guardarme nada.

MESENIÓN.- ¿Seguro que te llamas Menechmo?

MENECHMO I.- Así es

MESENIÓN.- (*Preguntándole ahora a Menechmo II*)
¿Y tú también?

MENECHMO II.- También

MESENIÓN.- (*A Menechmo I*) ¿Dices que tu padre se llamaba Mosco?

MENECHMO I.- Eso he dicho.

MENECHMO II.- El mío también.

MESENIÓN.- (*A Menechmo I*) ¿Eres de Siracusa?

MENECHMO I.- En efecto

MESENIÓN.- (*A Menechmo II*) ¿Y tú?

MENECHMO II.- Ya sabes que sí.

MESENIÓN.- ¡Estupendo! Hasta ahora todo concuerda. Sigamos un poco más. (*A Menechmo I*) Dime, ¿Cuáles son tus recuerdos más antiguos de tu ciudad?

MENECHMO I.- El día en que me fui con mi padre a Tarento, al mercado. Allí me perdí entre la multitud y alguien me trajo aquí.

MENECHMO II.- ¡Gran Júpiter, ayúdame!

MESENIÓN.- (*Enfadándose con Menechmo II*) ¿Por qué gritas? Cállate. (*Dirigiéndose de nuevo a Menechmo I*) ¿Cuántos años tenías cuando tu padre te sacó de tu ciudad?

MENECHMO I.- Siete años: se me estaban empezando a caer los primeros dientes. Desde ese día no volví a ver a mi padre.

MESENIÓN.- Y dime ¿cuántos hijos tenía tu padre?

MENECHMO I.- Hasta donde yo recuerdo, solamente dos.

MESENIÓN.- ¿Y quién era mayor, tú o el otro?

MENECHMO I.- Éramos los dos iguales.

MESENIÓN.- ¿Cómo es eso?

MENECHMO I.- Éramos gemelos.

MENECHMO II.- Los dioses quieren ayudarme.

MESENIÓN.- (*Hablándole enfadado a Menechmo II*) Si me vuelves a interrumpir, me callo.

MENECHMO II.- Mejor me callo yo.

MESENIÓN.- (*Dirigiéndose de nuevo a Menechmo I*) Pero dime, ¿teníais los dos el mismo nombre?

MENECHMO I.- Evidentemente no. Yo me llamaba Menechmo, exactamente igual que ahora; al otro entonces lo llamaban Sosicles.

MENECHMO II.- ¡Esa es la prueba! No puedo esperar más para abrazarlo. (*Abrazando a su hermano*) ¡Salud, hermano gemelo! Yo soy Sosicles.

MENECHMO I.- (*Todavía sin creérselo totalmente*) Pero entonces ¿cómo es que ahora te llamas Menechmo?

MENECHMO II.- Cuando nos llegó la noticia de que tú habías desaparecido y que nuestro padre había muerto, nuestro abuelo me lo cambió: me dio a mí el nombre que había sido tuyo.

MENECHMO I.- Creo que es como estás diciendo. Pero, contéstame a otra pregunta.

MENECHMO II.- Pregunta lo que quieras

MENECHMO I.- Dime, ¿cómo se llamaba nuestra madre?

MENECHMO II.- Teuximarca.

MENECHMO I.- ¡Perfecto! (*Abrazándolo calurosamente*) ¡Salud, hermano mío, al que no esperaba encontrar y al que veo después de muchos años!

MENECHMO II.- ¡Salud también a ti, hermano, al que he buscado hasta este mismo momento a costa de grandes desgracias y sufrimientos! ¡Cuánto celebro haberte encontrado!

MESENIÓN.- Por esto era por lo que esa mujer (*Señalando a la casa de Erocía*) te llamaba por tu nombre. (*Hablándole a Menechmo II*) Debíó tomarte por él, cuando te invitó a cenar.

MENECHMO I.- ¡Claro! Yo le dije que me preparara hoy una buena cena y le regale un manto que, a escondidas, le había cogido de casa a mi mujer.

MENECHMO II.- (*Mostrándole el manto*) ¿Te refieres, hermano, a este manto que tengo aquí?

MENECHMO I.- (*Examinando el manto*) Sí, éste es. Pero ¿cómo ha llegado a tus manos?

MENECHMO II.- (*Señalando la casa de Erocia*) Esa mujer me llevó a su casa a cenar y dijo que yo se lo había regalado. Cené muy bien, bebí y pasé un buen rato con ella, además conseguí este manto y este brazalete de oro.

MENECHMO I.- ¡Vaya! Me alegro de que hayas encontrado provecho de la situación gracias a mí, pues está claro que, cuando te condujo con ella, pensaba que era a mí a quien invitaba.

MESENIÓN.- (*A Menechmo II*) ¿No te opones, pues, a que, según me dijiste, sea libre?

MENECHMO I.- (*A Menechmo II*) Lo que te pide, hermano, es muy merecido y justo. Hazlo como un favor hacia mí.

MENECHMO II.- (*A Mesenión*) Serás libre.

MENECHMO I.- Me alegro de que hayas conseguido la libertad, Mesenión.

MESENIÓN.- Pero necesito algo mejor que parabienes, para poder seguir libre siempre.

MENECHMO II.- Puesto que la suerte ha querido que nos encontremos, pienso que debemos volver juntos a nuestra patria.

MEMECHMO I.- Sea como quieras, hermano. Haré aquí una subasta pública y venderé todo lo que tengo. Ahora, hermano, (*dirigiéndose hacia su casa*) vayamos dentro.

MENECHMO II.- De acuerdo.

MESENIÓN.- ¿Sabéis lo que quiero pedirlos?

MENECHMO I.- ¿Qué?

MESENIÓN.- Que me dejéis ser el pregonero de la venta.

MENECHMO I.- Concedido.

MESENIÓN.- ¿Quieres que se anuncie la venta ahora mismo?

MENECHMO I.- Para dentro de siete días.

MESENIÓN.- (*A los espectadores*) Se hará pública subasta de los bienes de Menechmo dentro de siete días por la mañana. Se venderán esclavos, ajuar, fincas, la casa, todo. Se venderán a cualquier precio que se pueda, pero dinero en mano. Se venderá también la mujer, si se encuentra comprador. A duras penas creo que consiga de toda la venta... cincuenta ases. Ahora, espectadores, conservaos con salud y concedednos un fuerte aplauso.

